

La Esfera

20 Mayo 1916

Año III.—Núm. 125

ILUSTRACION MUNDIAL



ESTUDIO PARA UN RETRATO, por F. Álvarez de Sotomayor

DE LA VIDA QUE PASA
EL TEMOR DE SUIZA

De todas las naciones pequeñas que sirven de vías respiratorias al gigante teutón en este dramático momento en que el bloqueo inglés pretende asfixiarlo, ninguna se halla en situación tan peligrosa como Suiza. Si en Suecia, en Dinamarca y aun en Holanda las simpatías son sólo ideológicas y están en tantos casos movidas por el bastardo deseo de rápidos y pingües negocios, en Suiza, sobre cuyos paisajes mercantilizados soplan opuestos los vientos germanos y latinos, la simpatía tiene el fuerte ascendente de la sangre. Durante largos años ambas influencias, adelantándose a la guerra de topos, ha socavado la personalidad autóctona; cantaba en unos cantones la clara lengua gala,

dos factores de la vida helvética, han constituido, á pesar de su aparente oposición, el núcleo fuerte del carácter del pequeño país que, combatido por las fuertes tendencias germana y francesa, y aun por la suave brisa itala, mantiene aún al través de los riesgos de hoy su doble personalidad de cigarra y de hormiga; y mientras sus manos recogen el oro rápidamente ganado con un contrabando más ó menos legítimo, su cabeza alta, habituada á las alpinas cumbres, mira siempre el azul de la atmósfera, color alegórico de la libertad.

Muchas veces ha traído la prensa diaria ecos del temor de que los campos suizos, tan meto-

ridos, de sus proyectos de Flessinge y oirá también á todos los suizos, idealizados de súbito, narrar la anécdota del tirador á quien preguntó el Kaiser: «¿Es verdad que los tiradores suizos no yerran un tiro jamás? —Nunca, sire—. —¿Y si alguien mandara sobre Suiza un ejército tres veces mayor que el número de vuestros tiradores? —Tiraríamos tres tiros cada uno, Majestad.»

Ojalá que las terribles necesidades de la lucha no lleven las garras de Marte hacia el minúsculo y bello país donde Zurich y Berna se contemplan como dos amigas de opiniones contradictorias. Si por desdicha cualquiera de ambos bandos decidiese desbocar los bélicos cor-



Un aspecto del camino, entre Lauterbrunnen y Stauebach

FOT. WERHLI A. G.

mientras en otros el áspero hablar alemán es instrumento justo para exteriorizar las contexturas de las almas. Y es inútil que un fiero y unánime anhelo de independencia los una: en cada rama florecen con valor autónomo todas las poesías—desde la épica á la eglogal—; aquí cantan y piensan, para no citar más que nombres de la edad de oro, Haller, Alphonse, Turrettin, J. Jacques Rousseau, y allí Jean de Müller, Bodmer y Sulzer. Se presiente que si una hecatombe sísmica, hendiendo montes, secando lagos y rompiendo valles, partiese el país de Norte á Sur, cada una de las dos mitades se inclinarían naturalmente á la nación vecina como dos pequeños desvalidos que en el instante del peligro se refugiasen en los regazos maternales.

Como dije con certera frase Rambert, ha habido siempre dos Suizas: la material y la ideal. De la ideal es el amor á la libertad heredado de su legendario Guillermo (y aquí salta y pide ser apuntada la influencia de este nombre en los asilos históricos de tres países tan ligados en el conflicto de hoy: Alemania, Holanda y Suiza); de la material el sagaz instinto mercantil. Estos

nario á nuevas tragedias y de que se manche el niveo armiño, tendido todo el año sobre sus montañas, con tristes pinceladas rojas. Sobre el cable ideal que va de París á Berlín la linda matrona Suiza se mantiene en equilibrio inclinando su balancín alternativamente. En los periódicos vése también dividida la simpatía, y votos y augurios van, guiados por la misma, tan pronto á halagar á un vecino como á otro; el sano instinto, sugerido por el recuerdo de Bélgica la sinventura, lleva al consejo federal á ser cautamente severo; en el asunto de los coronales Eggli y Wattenwyl, un fuerte velo de discreción cayó enseguida sobre los debates; y también se puso sordina á la voz briosa y lírica del poeta Spittlen. Mientras tanto, los suizos, lo mismo que los holandeses, siguen en su papel de tamices por donde se escapa hacia Alemania cuanto no queda entre las fauces del dogo inglés vigilante en el mar; si alguien pretende que el cuadro de los síndicos debía figurar por igual en los carteles de ambos escudos nacionales, oirá de un lado la suave voz de Guillermina hablar, con el acento teutón contagiado de su ma-

celes sobre esas tierras de paz, de actividad y de recreo, el juego peligroso á que el comercio suizo se libra serviría de pretexto á los invasores. Cada comerciante es una célula del país, y no es posible disasociar á la Suiza ideal de la otra, se diría en uno de esos textos diplomáticos lacrados con las llamas de los cañones. Sería sin duda para la humanidad otra hora dolorosa, y de nuevo veríamos resucitar el heroísmo, igual que un resorte largo tiempo comprimido por la molice en el fondo de las almas. El *roulez tambours*, canto guerrero de la Confederación—debido para que el contraste entre las dos formas del espíritu suizo se mantenga vivo hasta en esto, al pacífico é irresoluto Enrique Federico Amiel—, resonaría en las anfractuosidades, y el pueblo, pequeño y bravo, con ese arrojo estéril comparable al de un niño disponiéndose á resistir el ataque de un hombre fornido y brutal, se desangraría tristemente antes de ver crucificar su independencia en la cruz blanca de su escudo.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

LA CUNA DE CERVANTES

No menos de siete poblaciones disputaron la alta gloria de haber visto nacer al autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Eran éstas las de Madrid, Sevilla, Esquivias, Lucena, Consuegra, Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares.

Alegaba Madrid en este honroso pleito, donde mostraban unas y otras ciudades su deseo de ser cuna de tan peregrino y sin igual ingenio, la opinión de Lope de Vega en las silvas primera y sexta del *Laurel de Apolo* y el que fuera llamada la madrileña villa su patria por el propio Cervantes en el terceto 44 del capítulo primero en el *Viaje del Parnaso*.

Apoyábase Sevilla en la afirmación del humanista Nicolás Antonio de que los apellidos Cervantes y Saavedra pertenecen á sevillanas familias y que viese Cervantes en su niñez y en Sevilla representar comedias á Lope de Rueda. Frágiles razones eran, toda vez que los apellidos Cervantes y Saavedra son también de linajes procedentes de fuera de Andalucía, y que merced á las investigaciones de Narciso Alonso Cortés en la antigua cancillería de Valladolid, pudo comprobarse que Lope de Rueda recorría pueblos y lugares de Castilla en los primeros años de la vida de Cervantes.

Menos sólidas razones alegaban Esquivias, Lucena, Consuegra y aun Toledo.

Más decisiva pareció bastante tiempo la aportación de Alcázar de San Juan, que unía á sus razones la de pertenecer á la Mancha inmortalizada por Miguel de Cervantes.

Presentaba Alcázar de San Juan una partida de su libro de bautizos de la parroquia de Santa



Portada de la relación de 138 cautivos españoles, impresa en Granada el año 1581

ños, natural de la villa de villena.
 Fray Antonio de Tapia professo de la orden de san Francisco, en la prouincia de Sanctiago, de edad de 28 años, natural de Astorga.
 Fray Antonio de Boloña facerdote professo de la orden tercera de sant Francisco, de edad de 39 años natural de bolonia.
I CLERIGO.
 EL doctor Domingo Bezerra presbitero, de edad de 45 años, natural de la ciudad de Seuilla.
107 HOMBRES
 EL Capitan Francisco de valera de edad de 38 años natural de sant Martin de valde yglesias.
 El sargento Iuan de Yepes, de edad de 46 años, natural de la Villa de Yepes.
 El sargento Diego de Rojas, de edad de 50 años, natural de la villa de Borno, obispado de Seuilla.
 Don Francisco de meneses, de edad de 28 años, natural de Talauera de la reyna.
 Don Diego de Benauides, de edad de 28 años, natural de la ciudad de Baeça.
 Miguel de Cervantes, de edad de 30 años, natural de Alcala de Henares.
 Hieronymo Ramirez, de edad de 36 años, natural de Alcala de Henares.
 Diego Diaz, de edad de 52 años, natural de Biruifca, Obispado de Burgos.
 Pedro Pascual, de edad de 33 años, natural de Malaga.

Folio de dicha relación, donde consta el nombre, edad y naturaleza de Cervantes

La Tabla y memorial de una redención de Cautivos, impresa en Granada el año 1581.

Posteriormente había de dar mayor fuerza á esta Relación y á la bautismal partida, la petición, hecha de puño y letra de Cervantes el 18 de Diciembre de 1850, que comienza con estas palabras: «Yo, Miguel de Cervantes Saavedra, natural de Alcalá de Henares, que estuve cautivo en Argel», y cuya petición figura en la serie de *Documentos Cervantinos todavía inéditos* del sacerdote Pérez Pastor. Pero es á la relación mencionada á la que debe Alcalá de Henares el triunfo sobre las demás ciudades.

Impresa en Granada y en casa de René Rabut, el año 1581, consta entre los cautivos redimidos en la ciudad de Argel, el año 1580, «Miguel

de Cervantes Saavedra, de edad de treinta años, natural de Alcalá de Henares».

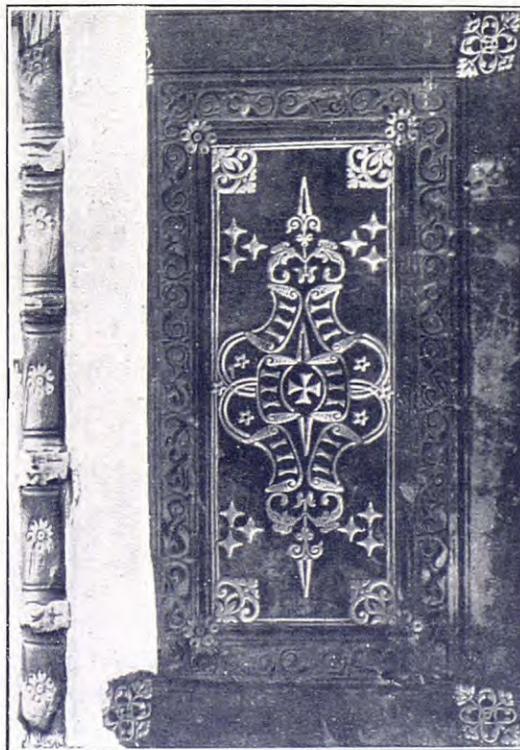
Este ejemplar pertenecía á la Real Biblioteca y fué descubierto por su bibliotecario D. Juan de Iriarte á mediados del siglo XVIII. Disputóle la gloria del hallazgo el Padre Sarmiento, pero otro bibliotecario de S. M., D. Juan Antonio Pellicer, en su biografía del autor del *Quijote* y en la página 145 del *Ensayo de traductores españoles*, rinde á Iriarte la justicia de descubridor.

Ahora bien: lo curioso de este asunto es que la *Relación de cautivos* perteneciente á la Biblioteca Real desapareció de ella poco después de ser consultada por Pellicer, á fines del siglo XVIII, y ha sido encontrada precisamente en este año del aniversario por D. José García de Armesto, capellán de S. M. en la Real Capilla y Monasterio de la Encarnación.

Luis F. HEREDIA



El reverendo Padre Sarmiento



Tapa de la encuadernación de la relación de cautivos
 FOTS. AMADOR



El bibliotecario D. Juan de Iriarte

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



LA COMIDA (fragmento), cuadro del ilustre artista F. Alvarez de Sotomayor

MOMENTOS HISTÓRICOS

Muerte de Cristóbal Colón

20 DE MAYO DE 1506

HARTO más triste que el morir pobre y desconocido sin haber gustado los triunfos de la vida, porque el medio ambiente no le permitiera a un hombre ser galán de la veleidosa Fortuna, tengo para mí que es el partirse del mundo entre la mayor indiferencia de la gente, luego de haber sido notable, ídolo del pueblo y amigo de reyes.

Al fin aquel que en toda la jornada de su vida, no halló camino llano, ni vió el sol limpio, ni tropezó con una flor que le acariciara las plantas, sino que todo fué negrura para los ojos, desaliento para el ánimo y guijarros crueles para los pasos, no puede comparar y se resigna con su sino, pensando que tal era el justo reparto que le tocó al nacer.

Por esto los favoritos caídos en desgracia aunque de muerte natural acaben y no por la mano del verdugo como acontece en los más dellos, tienen más penosa agonía que un portador de la ciudad ó un bracero del campo.

Cristóbal Colón, si primero peregrinó por las cortes europeas entre la burla y el escarnio de las gentes doctas, y aun en España lloró lágrimas de rencor y desaliento, hubo al fin una época en que saboreó todas las dulzuras de la admiración y de la gloria.

Dió medio mundo nuevo al otro medio y con él la riqueza y el porvenir de muchas generaciones. Una tierra de promisión, sobre la que cayó toda la rapiña y truhanería de los viejos continentes y fué el comedero de todos aquellos que no teniendo bastante con su plato, metían las uñas en el del vecino.

Murió quien le tendiera la mano, quien únicamente no creyó que sus presentimientos eran desvaríos y desde aquel mismo punto y hora desencadenáronse sobre el viejo almirante todas las tempestades de odios y envidias que desde había tiempo venían rugiendo en su torno.

ooo

Aquellos últimos años de su vida arrinconado en Valladolid, como el viejo casco de una nao, que ya no puede hacer travesía, pasólos pensando tan sólo en el castigo de quienes habían sido sus enemigos y hecho caer en desgracia.

Era hombre enérgico y no estaba en su alma entera y fuerte el perdonar con oraciones á los que le habían vejado con injurias y malas obras.

Continuamente pedía esta gracia al Rey y con tan obstinada insistencia, que Fernando V, que nunca le tuvo muy buena voluntad, llegó á tomarle verdadero enojo y jamás hizo caso de sus vengativas instancias.

Tal desvío laceró profundamente el corazón del famoso navegante, tanto que hízole dar en el lecho ya sin fuerzas para proseguir sus pretensiones que no eran más de estas, á las cuales aferrábase tercamente como un niño á un antojo. Aun enfermo, esperaba que habría de escucharle y hacerle justicia la reina Doña Juana, que por el entonces venía con rumbo á España.

Pensó en salir á su encuentro hasta Laredo, mas no le fué posible y hubo de conformarse, harto á pesar suyo, con enviar á su hermano Bartolomé, portador de una carta.

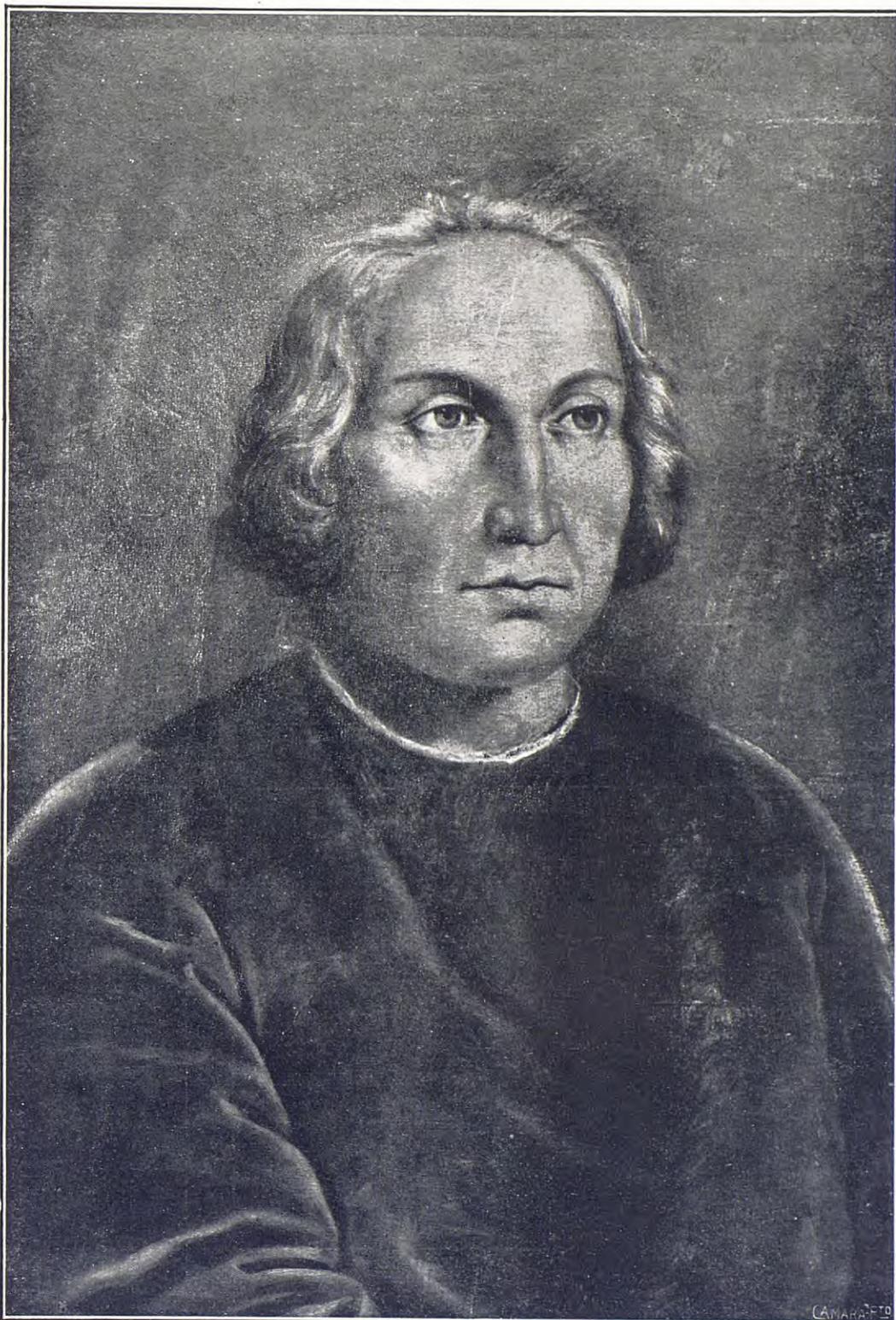
oo

Las consoladoras promesas de la hija de Isabel fueron el postrero consuelo que hubo el *Almirante*. Pero para su mal en ninguna manera se cumplieron. Ni en el castigo de los que le hicieron daño, ni en atenderle con el decoro á que se creía merecedor, como quien pone medio mundo por joyel de una diadema.

Veía su olvido presente, comparábalo con el esplendor y predicamento lejanos y éranle los cansados ojos caudalosos manantiales de amarguísimas lágrimas.

Pensó atendiendo á tanta soledad que su fin venía por la posta y miró sólo al arreglo de sus negocios terrenales y la salvación de su alma.

Ante el escribano Pedro de Hinojosa reformó el testamento que otorgara en Sevilla el 22 de Febrero de 1498, y dió valor legal á un codicilo ológrafo que escribiera en Segovia el 25 de Agosto de 1505.



CRISTÓBAL COLÓN

He aquí enumerados algunos puntos de dicho documento:

Pasaba el mayorazgo á su hijo Diego y á los herederos varones. Faltando estos á su hijo Fernando, y á la muerte de éste, á los herederos varones de su hermano Bartolomé.

El jefe de la familia habría de firmar: *El Almirante*.

Una décima parte de las rentas apartaríase todos los años para ser repartida entre los parientes pobres... Fundaba una capilla y la dotaba de una pequeña renta para misas.

Colígese de esto que si Colón acabó sus días abandonado por los reyes y olvidado del mundo, no murió pobre de solemnidad, como tiene empeño en propalar la leyenda plebeya.

ooo

Cumplidos que fueron estos deberes de hombre civil, procuró por los bienes del alma, que

diz que son salud y descanso para la otra vida.

Solía entretenerse en muy piadosas pláticas con el P. Gaspar de la Misericordia y desta manera fortalecía su abatido espíritu, pareciendo más firme cuanto menos le faltaba para abandonar las sendas desta vida.

Confesose, y no queriendo que la Muerte le cogiese desprevenido ni aun de indumentaria, hízose vestir el sayal de San Francisco y la esperó con la misma serenidad y fortaleza que si fuere una cosa grata y bienhechora... Llegó al fin á 20 de Mayo, día en que la iglesia celebra la fiesta de la Ascensión, recibíndola fervorosamente con aquellas palabras: *«In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum»*.

Y acabó su vida en el Señor.

GINÉS DE PASAMONTE

ESPAÑA MONUMENTAL
LA CARTUJA DE GRANADA

UNA de las visitas más interesantes de la poética Granada es su monumental Cartuja. Situado el monasterio en pintoresca situación, á escasa distancia de la histórica urbe, en el lugar que llamaron los árabes *Aynadamar* y los conquistadores cristianos el *Panderete de las brujas*, atribúyese su fundación al Gran Capitán, en memoria de haber salido ileso en una dramática aventura guerrera.

Las obras comenzaron en 1516, con riqueza y suntuosidad de detalles admirables, según puede advertirse en la parte que del primitivo monasterio se conserva: la iglesia y algo del claustro. El templo tiene una sola nave que está recargada de adornos de estilo plateresco (siglo xviii), predominando en su disposición y traza el mal gusto imperante en la citada época.

El *Sancta Sanctorum*, ó Sagrario, es de estilo barroco, asegurándose que fué su autor D. Francisco Hurtado Izquierdo, contemporáneo del famoso Churriguera. En el tabernáculo maravillaba á las gentes una prodigiosa urna de plata; la invasión francesa se la llevó con otras joyas artísticas atesoradas por la Cartuja. El Altar Mayor ostenta la famosa estatua de San Bruno, fundador de la orden, y cuya paternidad anda en litigio, sostenido por los partidarios del Gran Alonso Cano, contra los de su discípulo José de Mora.

De este monasterio insigne, saqueado despiadadamente por las tropas del general francés Sebastiani, hasta el punto de que apenas si quedan en él dos docenas de cuadros de pintores ilustres, no obstante haber sido favorecido por la piedad de los



Claustro de la Cartuja de Granada

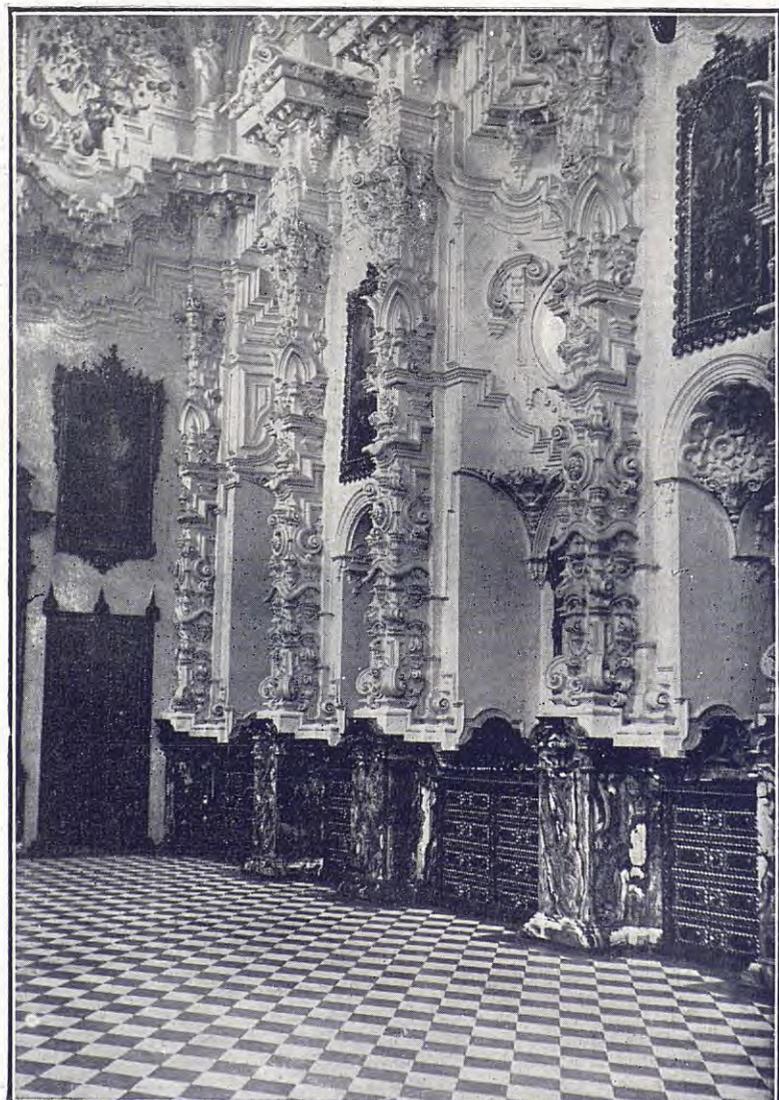
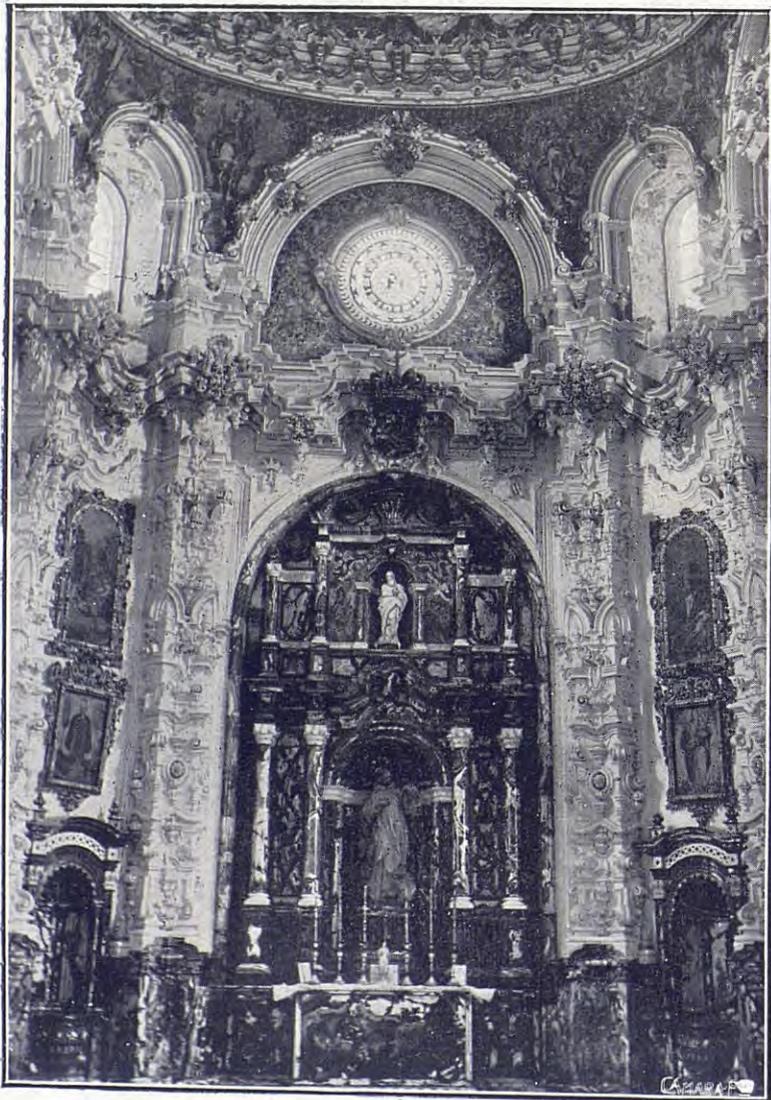
monarcas españoles á partir de la Reconquista hasta el reinado de Isabel II, la principal riqueza arquitectónica es la *Sacristía*, verdadera maravilla de paciencia, tanto en la combinación de mármoles, como en las portentosas cajoneras y puertas, labradas por Fray Manuel Vázquez, religioso granadino, de mediados del siglo xvii.

A pesar de sus bellezas, no es la Cartuja el monumento más famoso ni más visitado de la histórica ciudad andaluza. Ni puede serlo, porque la Alhambra absorbe toda la atención con los primores de su arquitectura, las magnificencias de sus salones, la variedad de sus jardines y la grandeza de su historia y sus tradiciones. Puede decirse que el hermoso alcázar es todo Granada, más que su aspecto pintoresco y sus costumbres bizarras.

Por eso, la Alhambra lo obscurece todo; y las calles soleadas y misteriosas, la Catedral, la Chancillería, el Salvador, el Sacro Monte y la Cartuja, son algo que el viajero deja para deleitarse en su contemplación cuando ya ha saturado el espíritu ante las maravillas del monumento moro, admirable reliquia de nuestra historia.

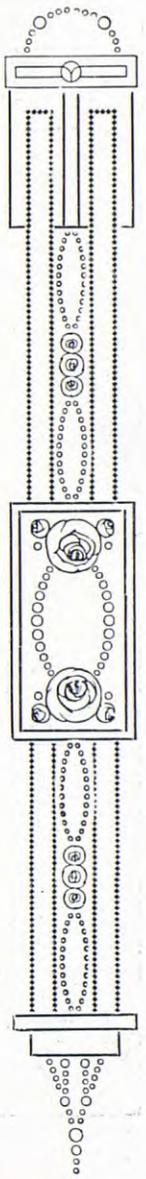
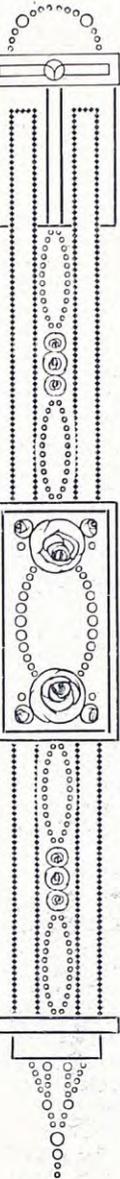
La Cartuja que se levanta en el *Panderete de las Brujas* encierra, no obstante, bellezas dignas de admirar, aun ahora, cuando ya están reducidas por el despojo de que fué objeto en días de trágico recuerdo.

Las dos fotografías que ilustran esta página dan idea de los primores artísticos que atesora el monasterio de la ciudad granadina que son, dentro de su estilo, unas de las más inspiradas labores que pueden ser admiradas en España.



Detalles de la sacristía de la Cartuja de Granada

DIÁLOGOS DE AMOR



—¿Cazáis?
—Os busco.
—¿A tal hora?
—¿Os parece intempestivo?...
—Francamente...
—Hay un motivo que me disculpa, señora.
—¿Cual?, si se puede saber.
—¡He perdido el corazón!
—¡Censurable distracción!
—¿Lo dejásteis caer?
—Inflamado en vivo celo, quiso estar, por darme enojos, á la altura de unos ojos que la copia son del cielo.
—¡Es muy fácil que no inspire el ardiente amor que esperal
—Se hará querer..., como quiera.

—¿Cómo?...
—¡Por lo que suspire!
—¿Os reis?
—Un poco.
—Sabe á hieles vuestra ironía.
—Decís una tontería de una manera tan grave, que aunque aprendí urbanidad cuando balbuceaba el credo, resistir ahora no puedo mi rotunda hilaridad.
—¡Bien á mi costa lo noto, pero me sobra cachaza y esperol
—Si tenéis caza abundante en vuestro coto, no rebaséis el lindero

ansioso de otros nidales.
—¿No no apreso garzas reales, como un quidam un jilguero.
—Entonces...
—Viéndoos... sufría de este fuego en que me abraso, quise huir y á cada paso dudaba y me detenía sabiendo que la traición á un amigo, es un ultraje que hace un hombre de linaje á su misma estimación.
—¡Bien hablais!
—... Mas recordando tan espléndida belleza, ¿quién no pierde la cabeza? Pensé en vos y seguí andando, víctima de la locura

que á mi razón pone asedio, por ver si me dais remedio para el mal que me tortura. Que estoy sin alma, advertid, mas decidme á vuestra vez pues de esta culpa sois juez ¡Resucitad!... ó ¡Morid!...
—A vuestra elección lo dejo.
—¡La idolatro y me rechazal
—No hay un hombre en vuestra raza que no se muera de viejo. Olvidaos, pues, de mi, que á otro amor me consagré.
—Marquesa..., ¡me equivoqué!
—Marqués..., ¡yo creo que sil

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

FOT. DEL CONDE DE LA VENTOSA

LA NUEVA OBRA DE BLASCO IBÁÑEZ
LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS

Vicente Blasco Ibáñez, el eminente escritor que tan alto sostiene el prestigio literario de España en el mundo, acaba de publicar una novela de excepcionales importancia e interés. Títulase *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y es la novela de la guerra y un capítulo trágico, conmovedor, de la historia de Francia en los momentos actuales. La nueva obra del gran novelista vibra con los estremecimientos que agitan ahora á la Humanidad. Es un espejo clarísimo al que se asoma la vida con todos sus infortunios desplazados como banderas al aire de una tarde vernal...

Y también con todos sus optimismos. Porque este libro admirable, si suena á los choques óseos de la danza macabra, es en ciertas páginas como un clarín triunfal. De ella misma, de esta novela que acusa, pomposa y radiante, la madurez del gran novelista, surge su mejor elogio.
 En este fragmento que reproducimos y que puede considerarse como eje de la obra hállase el estílo fogoso y el ponderado equilibrio literario que caracterizan á Vicente Blasco Ibáñez.



“Los jinetes del Apocalipsis”, tapiz perteneciente á la Casa Real de España

—...Y cuando dentro de unas horas salga el sol, el mundo verá correr por sus campos los cuatro jinetes enemigos de los hombres... Ya piafan sus caballos malignos con la impaciencia de la carrera; ya sus jinetes de desgracia se concertan y cruzan las últimas palabras antes de saltar sobre la silla.

—¿Qué jinetes son esos?—preguntó Argensola.

—Los que preceden á la Bestia.

Encontraron los dos amigos tan ininteligible esta contestación como las palabras anteriores. Desnoyers volvió á repetirse mentalmente: «Está borracho.» Pero su curiosidad le hizo insistir. ¿Y qué bestia era aquella?

El ruso le miró como si extrañase la pregunta. Creía haber hablado en alta voz desde el principio de sus reflexiones.

—La del Apocalipsis.

Se hizo un silencio; pero el laconismo del ruso no fué de larga duración. Sintió la necesidad de expresar su entusiasmo por el soñador de la roca marina de Patmos. El poeta de las visiones grandiosas y oscuras, ejercía influencia á través de dos mil años sobre este revolucionario místico, refugiado en el último piso de una casa de París. Todo lo había presentado Juan. Sus delirios ininteligibles para el vulgo, encerraban el misterio de los grandes sucesos humanos.

Tchernoff describió la bestia apocalíptica surgiendo de las profundidades del mar. Era semejante á un leopardo, sus pies iguales á los de un oso, y su boca un hocico de león. Tenía siete cabezas y diez cuernos. De los cuernos pendían diez diademas, y en cada una de las siete cabezas, llevaba escrita una blasfemia. Estas blasfemias no las decía el evangelista, tal vez porque eran distintas, según las épocas, modificándose

cada mil años, cuando la bestia hacía una nueva aparición. El ruso leía las que flameaban ahora en las cabezas del monstruo: blasfemias contra la humanidad, contra la justicia, contra todo lo que hace tolerable y dulce la vida del hombre. «La fuerza es superior al derecho...» «El débil no debe existir...» «Sed duros para ser grandes...» Y la bestia, con toda su fealdad, pretendía gobernar al mundo y que los hombres la rindiesen adoración.

—¿Pero los cuatro jinetes?—preguntó Desnoyers.

Los cuatro jinetes precedían la aparición del monstruo en el ensueño de Juan.

Los siete sellos del libro del misterio eran rotos por el cordero en presencia del gran trono donde estaba sentado alguien que parecía de jaspe. El arco iris formaba en torno de su cabeza un dosel de esmeralda. Veinticuatro tronos se extendían en semicírculo, y en ellos veinticuatro ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro.

Cuatro animales enormes cubiertos de ojos y con seis alas parecían guardar el trono mayor. Sonaban las trompetas saludando la rotura del primer sello.

«¡Mira!», gritaba al poeta visionario con voz estentórea uno de los animales... Y aparecía el primer jinete sobre un caballo blanco. En la mano llevaba un arco y en la cabeza una corona; era la Conquista, según unos; la Peste, según otros. Podía ser ambas cosas á la vez. Ostentaba una corona, y esto era bastante para Tchernoff.

«¡Surge!», gritaba el segundo animal removiendo sus mil ojos. Y del sello roto saltaba un caballo rojizo. Su jinete movía sobre la cabeza una enorme espada. Era la Guerra. La tranqui-



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

lidad huía del mundo ante su galope furioso: los hombres iban á exterminarse.

Al abrirse el tercer sello, otro de los animales alados mugía como un trueno: «¡Aparece!» Y Juan veía un caballo negro. El que lo montaba tenía una balanza en la mano para pesar el sustento de los hombres. Era el Hambre.

El cuarto animal saludaba con un bramido la rotura del cuarto sello. «¡Salta!» Y aparecía un caballo de color pálido. «El que lo montaba se llama la Muerte, y un poder le fué dado para hacer perecer á los hombres por la espada, por el hambre, por la peste y por las bestias salvajes.»

Los cuatro jinetes emprendían una carrera loca, aplastante, sobre las cabezas de la humanidad aterrada.

Tchernoff describía los cuatro azotes de la tierra lo mismo que si los viese directamente. El jinete del caballo blanco iba vestido con un traje ostentoso y bárbaro. Su rostro oriental se contraía, odiosamente, como si husmease las víctimas. Mientras su caballo seguía galopando, él armaba el arco para disparar la peste. En su espalda saltaba el carcaj de bronce lleno de flechas ponzoñosas que contenían los gérmenes de todas las enfermedades, lo mismo las que sorprenden á las gentes pacíficas en su retiro que las que envenenan las heridas del soldado en el campo de batalla.

El segundo jinete, el del caballo rojo, manejaba el enorme mandoble sobre sus cabellos erizados por la violencia de la carrera. Era joven, pero el fiero entrecejo y la boca contraída, le daban una expresión de ferocidad implacable. Sus vestiduras, arremolinadas por el impulso del galope, dejaban al descubierto una musculatura atlética.

Viejo, calvo y horriblemente descarnado, el tercer jinete saltaba sobre el cortante dorso del caballo negro. Sus piernas disecadas oprimían los flancos de la magra bestia. Con una mano enjuta mostraba la balanza, símbolo del alimento escaso, que iba á alcanzar el valor del oro.

Las rodillas del cuarto jinete, agudas como espuelas, picaban los costados del caballo pálido. Su piel apergaminada dejaba visibles las aristas y oquedades del esqueleto. Su faz de calavera se contraía con la risa sardónica de la destrucción. Los brazos de caña hacían volar una hoz gigantesca. De sus hombros angulosos pendía un harapo de sudario.

Y la cabalgada furiosa de los cuatro jinetes, pasaba como un huracán sobre la inmensa muchedumbre de los humanos. El cielo tomaba sobre sus cabezas una penumbra lívida de ocaso. Monstruos horribles y disformes aleteaban en espiral sobre la furiosa *razia*, como una escolta repugnante. La pobre humanidad, loca de miedo, huía en todas direcciones al escuchar el galope de la Peste, la Guerra, el Hambre y la Muerte. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, se empujaban y caían al suelo en todas las actitudes y gestos del pavor, del asombro, de la desesperación. Y el caballo blanco, el rojo, el negro y el pálido, los aplastaban con indiferencia bajo sus

herraduras implacables: el atleta oía el crujido de sus costillas rotas, el niño agonizaba agarrado al pecho maternal, el viejo cerraba para siempre los párpados con un gemido infantil.

—Dios se ha dormido, olvidando al mundo— continuó el ruso.—Tardará mucho en despertar, y mientras él duerme, los cuatro jinetes feudatarios de la Bestia correrán la tierra como únicos señores.

Se exaltaba con sus palabras. Abandonando su asiento, iba de un lado á otro con grandes pasos. Le parecía débil su descripción de las cuatro calamidades, vistas por el poeta sombrío.

Un gran pintor había dado forma corporal á esos terribles ensueños.

—Yo tengo un libro—murmuraba,—un libro precioso...

Y repentinamente huyó del estudio, dirigiéndose á la escalera interior para entrar en sus habitaciones. Quería traer el libro para que lo viesen sus amigos. Argensola lo acompañó. Poco después volvieron con el volumen. Habían dejado abiertas las puertas tras de ellos. Se estableció una corriente de aire más fuerte entre los huecos de las fachadas y el patio interior.

Tchernoff colocó bajo una lámpara su libro precioso. Era un volumen impreso en 1511, con texto latino y grabados. Desnoyers leyó el título: *Apocalipsis cum figuris*. Los grabados eran de Alberto Durero, una obra de juventud, cuando el maestro sólo tenía veintisiete años. Los tres quedaron en extática admiración ante la lámina que representaba la loca carrera de los jinetes apocalípticos. El cuádruple azote se precipitaba con un impulso arrollador sobre sus monturas fantásticas, aplastando á la humanidad loca de espanto.

Algo ocurrió de pronto que hizo salir á los tres hombres de su contemplación admirativa; algo extraordinario, indefinible: un gran estrépito que pareció entrar directamente en su cerebro sin pasar por los oídos; un choque en su corazón. El instinto les advirtió que algo grave acababa de ocurrir.

Quedaron en silencio mirándose; un silencio de segundos que fué interminable.

Por las puertas abiertas llegó un ruido de alarma procedente del patio: persianas que se abrían, pasos atropellados en los diversos pisos, gritos de sorpresa y de terror.

Los tres corrieron instintivamente hacia las ventanas interiores. Antes de llegar á ellas el ruso tuvo un presentimiento.

—Mi vecina... Debe ser mi vecina. Tal vez se ha matado.

Al asomarse vieron luces en el fondo; gentes que se agitaban en torno de un bulto tendido sobre las baldosas. La alarma había poblado instantáneamente todas las ventanas. Era una noche sin sueño, una noche de nerviosidad que mantenía á todos en dolorosa vigilia.

—Se ha matado—dijo una voz que parecía surgir de un pozo—. Es la alemana que se ha matado.

La explicación de la portera saltó de ventana en ventana hasta el último piso.

El ruso movió la cabeza con expresión fatal. La infeliz no había dado sola el salto de muerte. Alguien presenciaba su desesperación: alguien la había empujado... ¡Los jinetes! ¡Los cuatro jinetes del Apocalipsis!... Ya estaban sobre la silla; ya emprendían su galope implacable, arrollador.

Las fuerzas ciegas del mal iban á correr libres por el mundo.

Empezaba el suplicio de la humanidad bajo la cabalgada salvaje de sus cuatro enemigos.

V. BLASCO IBÁÑEZ



LA ZAHORÍ

Gitanilla del Albaicín,
reina picante de la zambra,
rosa morena del jardín
nigromántico de la Alhambra.

Granada llora
en las fuentes de sus jardines
su pena mora.

¡Pena moruna
que se embriaga de jazmines,
de serenatas y de luna!

Gitanilla auribronceada,
tu tribu, errante y anacrónica,
guarda como una luz sagrada
la vieja ciencia faraónica.

Tú sabes el idioma arcano
y el talismán para la suerte,
y entre las rayas de la mano
ves el camino de la muerte.

En tu alma inquieta, sientes una
saudade de cosas ambiguas;
es que al influjo de la luna
recuerdas tus vidas antiguas.

Tú has vivido en el legendario
dorado siglo bizantino,
ó has cruzado en tu dromedario
el viejo Egipto sibilino.

Tú has visto á la reina de Saba,
en sus jardines de azahares,
cuan dulcemente se extasiaba
con *El cantar de los cantares*.

De Oriente, el alma fabulosa
como un sortilegio, arde en ti;
eres eterna y misteriosa
zahorí.

¡Granada de los muezines
y los orientales jardines,
plantel de la gitanería,
donde entre aroma de jazmines
se retuercen los garrotines
en una sensual agonía!

Alma gitana,
la de las negras maldiciones,
la que sabe ver el mañana
leyendo en las constelaciones.

Alma de misterio y pasión
que conjura á la mala suerte
y en su sangrienta comunión
exalta el amor y la muerte.

Yo creo en tu saber arcano
y amo tu nómada hermosura.
Gitanilla, toma mi mano
y dime la buenaventura.

EMILIO CARRÉRE

FOTOGRAFÍA DE SOL

LA TARDE EN EL HIPÓDROMO



La damita Primavera se ha vestido de colores
y en sus labios las palabras liban mieles...
Son sus ojos una viva llamarada de fulgores
y es su pecho una encendida sinfonía de claveles.
Su vestido tiene encajes transparentes como espumas
que brillando se deslizan con temblores de lucero,
y el ingrávigo penacho de las plumas
vibra y tiembla en su sombrero.

Son membrudos y ligeros
como alígeros corceles que cruzaran las llanuras
entre el bárbaro brillar de los aceros
en cruzada de lejanas aventuras.
Tienen brasas en las fauces encendidas,
y en los ojos tienen fúlgidos relumbres...
¡Son pegasos que vinieron con las alas extendidas
á posarse en la llanura desde el alto de las cumbres!



El sol juega entre los rizos con sus hebras milagrosas
y los besa y acaricia con sus áureos resplandores,
y flamean en el aire como cintas luminosas
los ligeros gallardetes de colores.
En la larga empalizada
Amor reza sus gentiles discreteos
y en los labios de una bella, como una flor encarnada,
vibra el rojo madrigal de los deseos.

¡Hip...! La fusta rasga el aire con un rápido silbido,
y los pechos se dilatan y los ojos centellean.
¡Hip...! Cien voces se desgarran en un trágico alarido
y los potros, impacientes, se estremecen y ventean.
¡Hip...! Son flechas los caballos corredores
que se pierden en la parda lejanía,
animados por los gritos de los bravos luchadores
como un canto de alegría.

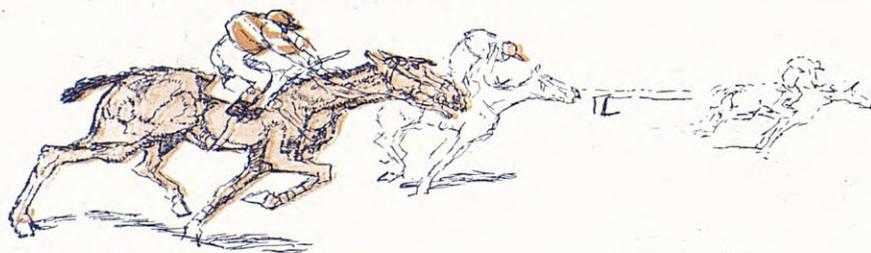


Impacientes los caballos olfatean
con el bello recogido y las sienas palpitantes,
se encabritan y patean
redoblando un paso-doble de sonidos detonantes.
Bajo el negro terciopelo de la piel la sangre vibra
y en las venas tiene trágicos latidos,
y los músculos veloces, de templada y recia fibra,
se estremecen por el freno contenidos.

Bajo el fiero galopar, recio y sonoro,
tiembla el suelo y ciega el polvo... Y el sol arde,
levantando, lejos, lejos, nubes de oro,
en la calma misteriosa de la tarde.
Un jockey yace en el suelo ensangrentado,
con el polvo confundido,
y una dama compasiva le ha curado
con los frágiles encajes del vestido.

DIBUJOS DE MARÍN

José MONTERO



R. Montero

FIGURAS DEL CENTENARIO

GINESILLO DE PARAPILLA



Así como asestó el postrero cantazo, contra el señor *Don Quijote*, y luego de reunida su camadería, aconsejole que cada cual se las arreglara según y como Dios le diera entender, entrose por la espesura y en muchos días anduvo huído de la Santa Hermandad.

Mantúvose, entre tanto soplaban más apacibles vientos, de la caridad de los pastores y de los cortijeros, que esta gente siempre es buena para el huído y más como sepa que lo mismo que sabe agradecer si le dan amparo, sabe tomar venganza en haciéndole bellaquería.

No más hizo Ginesillo por el entonces que el hurto del rucio á Sancho, y ya es sabido cuan presto le tornó á su amo...

De allí á poco trasladose su merced de provincia y con esto desvió el peligro, pues los esbirros de la Santa y los soldados del Rey no son todos unos ni tienen las mismas cédulas de prendimiento los de Burgos que los de Murcia.

Por tierras de Castilla anduvo su merced, siendo el cuidado y desvelo de la gente del campo, que pocas veces determinábase á entrar en las ciudades.

También parece que sabía apañárselas muy gentilmente con los santeros y ermitaños, que son como servidores de escaleras abajo de Dios Nuestro Señor, y por tanto gente socarrona y despierta con sus puntas y collares de bellaca.

Aun no falta autor que asegura de muy buena voluntad y como si con los ojos de su cara le hubiese visto, que por más de cuatro años tomó la guarda de un santuario, á la margen de un camino y á la sombra de una venta, é hizo en ella muy bien su agosto, con lo que sacaba por vía de la astucia y de la religión, pero nunca en manera ni forma violenta.

En oliendo huéspedes, como ya estaba combinado con el ventero, llegábase á punta de no-

che, con un morralillo al hombro y un cepillo en la diestra.

Acomodábase si era por el estío, en un rinconcillo del patio al amor de una verde y frondosa parra, y si era invierno, en un poyo junto al hogar de la cocina.

Sacaba del morralillo un mendrugo y una cebolla y comenzaba á comerlo con muestras de mucha hambre.

Nunca faltaba algún forastero que estuviese poniendo algún reparo al estómago, y advirtiendo aquella poquedad en hombre que parecía tan venerable, convidábale á su mesa. Aceptaba el truhán luego de mil cortesios reparos, y hacía que al cabo de la comida soplasen los aires hacia los frondosos bosques del desorejado Jorge.

—Pues juguemos siquiera hasta la oración— decía el huésped.

—Si lo toman como recreo del ánimo que no como gula del vicio, yo seré muy contento de echar una mano.

Casi le daban juramento de ello, y en dándosele, ahuecaba una de las mangas del sayal y echaba sobre la mesa, todo desencuadernado, el libro de los cuatro reyes.

Finaba la negra partida en que, como aquel libro sólo él por los dedos lo entendía, llevábase los caudales de cuantos se arriesgaban en la piadosa tahurfería, y apartábase repartiendo bendiciones y una oración al Arcángel San Rafael, abogado de los caminantes.

Mas como su genio era aventurero, cansose desta vida recoleta y volvió á los azares del mundo.

Supo de una famosa partida de bandoleros, toda gente forzada huída de cárceles y galeras, y diz que algunos arrancados de las mismas garras del verdugo, é hizo rancho con ellos, pero amoldábase mal aquel vivir con el natural

dél, que era travieso, pero no malvado, pues que toda la gama de sus fechorías no pasaba de hurtar.

Ello fué que una noche hicieron una muerte, y al otro día apartose Ginesillo, dando de nuevo, sin compañía, en la vida de aventurero.

De entonces fué de todo, perrero en la catedral de Sigüenza, alguacil de la chancillería de Valladolid, licenciase de escribano en Medina y aun fué poeta de comedias, las cuales, naturalmente, robaba hechas...

oo

Es fama que el bueno de Ginesillo (cuyas memorias, para duelo de la briba y la truhanería, quedáronse en la cárcel de Ciudad Real) no murió, sino que, por influencias de San Dimas, su patrón, quedose en la tierra, para guía y enseñanza de rateros.

Enterose de que hogaño íbase á celebrar el centenario de su cronista Don Miguel, y vino á la Corte, con el ánimo de hallarse á Don Quijote y Sancho (que destos se sabe seguro que sin menester de influencia alguna divina no han muerto, sino que vivirán eternamente), comenzó á buscarles, y no les hallando, porque las honras se aplazaban, parece que se entró en las arcas del tesoro y llevose buen puñado del dinero que se destinaba para la deplorable fiesta que se prevenía.

Ello no es para prenderle si se pusiera á la mano, al fin no ha hecho más de lo que pensaban algunos galeotes de levita al amparo de la obra divinamente humana, de la que no conocieron más de la cubierta.

¡Bien por Ginesillo de Parapilla!

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

CUEENTOS ESPAÑÓLES



LAS SIETE REINAS DE FELIPE II

Quién lo dice? Tal vez lo diga el huracán que entre silbos y baladros se desgaja en los canchos, tiende las ramas deshojadas de los álamos fantasmales y hace chirriar las velas enmohecidas de las torres del Monasterio.

Tal vez un día de ventisca y negrura lo hizo ver el turbión.

Lo dicho es de leyenda y no puede averiguarse quién fué el primero en verlo y en decirlo.

El que me informó á mí comenzó con las frases rituales: «¿No sabes?... Dicen que...»

Y abriendo un inciso aclaratorio, me enseñó cómo en un saliente del costado oriental del monasterio hay, al Norte, siete balcones, visibles desde el paseo fronterizo; y cómo, en medio de la sombra, se ve un resplandor en las siete vidrieras: tal un reflejo en ellas de las luces que allá enfrente iluminan la población, iluminan un nuevo hotel é iluminan, en verano, un jardín donde tocan violines húngaros.

Mostrado y visto el caso recogió la frase suspendida mi informador:

—Pues dicen que esas luces son las siete esposas de Felipe II, que se asoman ahí, detrás de los cristales de esas siete ventanas.

... ¿Siete mujeres?... ¿Físico resplandor en las vidrieras de las luces de enfrente?...

Me he tumbado en los anchos, en los chatos asientos de La Lonja, bajo el luminar de los cielos; en cruz y cara el luminar...

La noche está templada... Poco propicia á los desvaríos de la medrosidad y á la aparición de almas en pena.

El viento, que en invierno aulla por las ro-

quedas, mueve hoy blando rumor en los chopos del huerto.

No hay fantasmas... Para mayor mundanidad, del cinematógrafo próximo llegan aires de un pasacalle españolísimo que va dejando una estela de rumbo, pena y gallardía.

Cuando rechina la veleta no doy en sospechar rumores misteriosos del osario: es la reumática veleta; es moho y es la brisa de una noche apacible...

Me doy cuenta cabal.

Se bien á qué atenerme...

Cuando mi informador calló (¿soñaba?) vi descender, posarse sobre las losas de La Lonja, blandamente, como palomas, como bailarinas que planean sobre el tablado, ingravidas, siete menudas figulinas.

Eran siete reinas de marfil, de sándalo, de cedro; siete reinas con faldas y corpiños estofados, damasquinados; con incrustaciones de concha; recubierta alguna con bordados macizos, como ícono de imaginería moscovita...

Y parecían allí, sobre el cuadrículado inmenso de La Lonja, gentiles piezas de un ajedrez real.

Alto el peinado y muy compuesto, dábales ello empaque á su grácil gentilidad de marionetas; el peto en forma de corazón bajando desde el redondo escote á formar pico más abajo del talle, les daba estiramiento y esbeltez; la falda abombada, semiesférica, dejando asomar los piecitos, coquetuelos, recamados, con gran tacón (llevaban tacón alto, me fijé) completaban la monería presumida, la travesura pícara de unas colegialas que quisieran disfrazarse de damas estiradas; no..., mejor dicho—nada de eso,

al revés—, de unas pobres damitas de corte que un día se escaparan de la severidad ceremonial para sentirse libres como colegialas en retozo.

No sabían bien ser desenvueltas; sentíanse un poco avergonzadas, encogidas, al verse en libertad... Vagaban indecisas, resbalaban, flotaban, más bien, á ras del suelo, como si no tuvieran peso, y no movían los piecitos que colgaban, infantiles y cándidos.

Pero los violines cercanos soñaban de tal modo sentimental en un vals de abandono; también venía con la noche, perzosa y callada, aquel quejido suspirante del violín que se ahogaba llorando en desconsuelo, que no sufre y sólo quiere así, quejarse en música, para darse en perfume á la noche, que las reinas, escuchando primero, suspensas, rientes, aquella nueva voz que les hablaba, muriente, al ensueño—el pobre ensueño aquel condenado al empaque de corte—; las reinas que escucharan, primero, con el estupor gozoso de la resurrección sonriente, fueron, al fin, aventurando pasos, llevando el compás con la cabeza, levemente, ensayando; y, al fin, por último, entregadas, vencido el ánimo del todo, pero despierta, en cambio, la vehemencia que pedía seguir, en ritmo y vueltas, aquel girar, fueron bailando, poco á poco; dieron vuelta á La Lonja, toda entera, en giros á compás, abandonadas, embriagadas, con desmayo feliz—los brazos extendidos, como flotantes, al girar; la cabeza tronchada, á un lado, como escuchando la armonía, como adormeciéndose, también, al encanto soñado, pero sin dejar de dar vueltas y vueltas—, felices..., vivientes..., románticas..., ¡libres!

LA ESFERA

En el portón del Monasterio apareció, entonces, él...

Sombra espectral el traje, sombra traslúcida la faz... Era fantasma, no era hombre; pero la inconsútil transparencia de su figura astral guardaba forma y calidades: sombra de terciopelo negro el traje, sombra de carne exangüe el rostro pálido, la barba rubia desvaída y sin fuego.

Ronda, á deshora, siempre; ronda y vaga por corredores y salones, claustros, patios y afueras del Monasterio, mudo. No gusta de mostrarse para susto ó comento de aldeanos, pero las leyes de esta vida espectral de ultratumba lo han sujeto á su imperio. Donde la planta mortal holló queda el fantasma ultramortal esclavo. Y en él la comezón de autoridad, el vivo empeño de ser él quien regule la marcha de las cosas,

mohadón, pasa, orante, las horas, juntas las palmas de las manos, sobre el pecho el Toisón.

Las más veces—como esta—un brazo cae y el otro, sobre el peto, reposa, con quietud la palidez exangüe de la mano.

Alguien le dijo el hecho, la libertad hereje de esta noche; he sabido que músicas livianas llevan en giros almas de su tiempo.

Y él, sigiloso, mudo, como presente en todas partes, hermético, se ha personado allí, por fondo el gran portón de los clavos de hierro.

No quería mirar; parecía no querer darse cuenta, dar á entender tan solo; con su muda presencia imponer compostura; dar, sin palabras, la lección de recato, respeto y ceremonia.

Siempre le bastó aquel velo de severo silencio en el rostro para helar el alma delincuente y

era su corazón de humana entraña capaz de florecer con otros tiempos.

La vida que giraba, que corría, daba vueltas entonces con cadencias de vals...; y él no entendía. (Para ser inmortal hay que dejarse mecer por estas músicas que lleva el viento entre el dolor...; hay que dejar que, en noches de verano, vayan los pensamientos en desmayo—con vuestra venia, Emperador—, vayan los pensamientos en desmayo como en el cansancio del amor...)

El rostro del monarca se enturbió por la cólera. Las reinas, inocentes, espontáneas, bailaban como niñas en retozo que estuviesen jugando al molinete, cogidas de las manos, dos á dos... Casi le atropellaron, aturdidas; hubo de retirarse un paso y tuvo entonces un despecho,



roe en continuo afán, el espíritu de su sombra. Y así, cuando todos se alejan y quedan en tinieblas y abandono las grandes escaleras y los claustros, los patios y la iglesia, llega en secreto el canto emperador, como llega el silencio, lleno de muda suavidad; como presentimiento, va acercándose...

Ni despliega los labios, ni mueve miembro alguno: estático, solemne, en inmovilidad supraterrana, vaga con la inconsútil levedad de la niebla.

Unas veces vigila, desde arriba, desde las torres mismas, en pie sobre algún brazo de la cruz, con la mano extendida, abierta, como en gesto solemne de dar fe.

Otras veces, frente al altar mayor, al pie; sobre un reclinatorio de nogal historiado y un al-

hacerla presentir el paso quieto, la germinación cautelosa de la sentencia incógnita.

Pero esta vez...

Pero ellas, esta vez, no le atendieron; los giros frívolos, galantes, de la música, jugaron con los ecos del alcázar monástico, tal unos brazos frágiles, mimosos, desnudos, de mujer, en derredor del cuello de un guerrero.

Nadie tembló por él. Nadie sospechó que el Señor, el gran Señor de tierra y mar, por derecho divino en el trono, pudiera presentarse aquella noche para imponer silencio á un vals, y el vals, la vida, sus mismas damas, todos, ansiosos de vivir la vida libre, siguieran entregados al ensueño como si nadie fuese.

Lívido se tornó. Se sintió muerto, fantasma, sombra vana. Escuchaba la vida y no vivía; no

súbita contracción de furor. Contrajo la mandíbula, iracundo, y fué á clamar: «¡Yo, el Rey!...» Pero él, el Rey, era fantasma inerte; y no hubo voz de rey que interrumpiese el voluptuoso fin del vals...

Tal vez mi acompañante viera también este suceso; nada dijimos ni uno ni otro; la noche estaba perezosa y propicia al callar.

Solo cuando cruzábamos, de retirada ya, La Lonja, á pasos lentos, dijo él, murmurado:

—¡Hermosa está la noche!...

Y yo le dije, en eco:

—Hermosa está.

... Se oía lejos, lejos, un automóvil trepidar...

MANUEL ABRIL

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



LA VACUNA PÚBLICA EN EL LABORATORIO MUNICIPAL DE MADRID

LA NUEVA BARCELONA
EL MILAGRO DEL ENSANCHE

Los que por primera vez visitáis Barcelona y os extasiáis ante la magnitud y suntuosidad de su Ensanche, no podeis sospechar siquiera el gigantesco esfuerzo, el milagro que dicho Ensanche representa; imposible es que os imaginéis lo que era éste hace poco más de un cuarto de siglo.

Por lo regular, las ciudades se ensanchan lenta é imperceptiblemente, devorando los arrabales, empujándolos más allá y más allá siempre; las humildes casas de la gente obrera, las sórdidas é informes casuchas de infelices que viven de los detritus de las grandes urbes — traperos, basureros pordioseros — desaparecen roídas, aplastadas por las nuevas construcciones, fábricas, talleres, casas señoriales, en fin.

Nada ó casi nada de ésto ha ocurrido con el Ensanche de Barcelona. Cuando á mitad del pasado siglo se la libró del cinturón de piedra que la oprimía, dejando así de ser ciudad amurallada, tendió la mirada á derecha é izquierda y vio alegremente rodeada de campos y huertas hasta perderse de vista; desde sus glacis hasta la falda de la vecina cordillera, un verde y riente tapiz se extendía ante ella.

¿Queréis que, cerrando los ojos á la realidad actual, nos transportemos al Ensanche de veinticinco á treinta años atrás?

Nos encontramos en este mismo barrio de la Concepción, donde está encavado el coquetón Pasaje Permanyer—á donde venís á honrarme con vuestra visita—, enclavado hoy entre altas y lujosas construcciones y flanqueado de anchas calles por donde circulan en todas direcciones numerosos tranvías y automóviles. Pues bien, como por arte de encantamiento vamos á retroceder á aquellos buenos tiempos en que yo escribía *Idilios*.



Salón de San Juan, viéndose á un lado el Palacio de Justicia; en primer término, el monumento á Rius y Taulet y al fondo el Arco de Triunfo

Interrumpo mi trabajo, enciendo un cigarrillo y salgo de casa. Y héme aquí en pleno campo. Es un día gris de fin de Octubre; la tierra, de un rojo obscuro, parece dormir bajo el cielo plomizo. Acá y acullá, á gran distancia una de otra, alguna que otra casa moderna se levanta como asombrada de verse rodeada de tan gran soledad. A poco de andar doy con un labrador que apoyado en su arado va andando al paso tardo de su mulo, hundiendo la reja en la tierra arcillosa. Me acerco á él, y midiendo mi paso con el suyo, empezamos á charlar... del tiempo, de la futura cosecha...

Y entre tanto, allá, á pocos centenares de pasos, bulle la gran urbe, con sus cafés, sus casinos, sus ateneos, sus academias, su puerto, á donde llegan de continuo buques de todas las naciones.

Vamos andando campo atraviesa. Pasamos una huerta. Rodeada de cuadros de azuladas berzas y carmíneos bróculis, se levanta apenas del suelo una rústica casuca. Es la vivienda de un hortelano que casi no conoce de la ciudad más que el mercado, á donde va todas las ma-

chosamente esta gran llanura. Llevan nombres tan pintorescos como el de *Torrente de la Olla*, de las *Flores*, de los *Enamorados*, de los *Besos*, del *Pecado*... El agua rojiza, sucia, traginando hierbajos y pitas arrancadas de cuajo, nos intercepta el paso. Ninguno de ellos tiene puente ni palanca; algunos miden tres y cuatro metros de profundidad y están coronadas sus márgenes por pitas y chumberas, zarzas y clemátidas que, entrelazándose, en verano llegan á formar una bóveda impenetrable á los rayos del sol.

Y llegan los hermosos días de Enero, quizás los más claros y serenos de todo el año. Un ligero tinte verdoso aparece á flor de tierra; es apenas perceptible, pero no sé qué nota alegre aparece sobre los campos. Es la nueva cosecha que asoma, el trigo que con sus diminutos dedos verdes aparta los terrones, se abre paso como la mariposa al rasgar la crisálida que la oprimía. Vésele crecer de día en día, y una mañana se desparraman por los campos grandes rebaños de carneros, ávidos de tallos frescos, que, á dentelladas, llevan á cabo una poda tan inconsciente como provechosa. Saludo á los

ñanas á llevar sus verduras y legumbres; alrededor de la casuca corretean sus hijos, unos chiquillos desarrapados que hablan de Barcelona como nosotros hablamos de Pekín ó Tokió, es decir, de oídas.

Los campos ya están arados y he aquí que de repente aparece esa otra figura tan noble, tan gallarda que tiene algo de sobrehumano: el sembrador; siguiendo los barbechos va desparramando á derecha y siniestra, con gesto amplio y medurado, la fecunda simiente. Parece un dios andando sobre la tierra.

Y llegan las lluvias de invierno. Casi todas las que son hoy calles longitudinales son torrentes que bajan de la montaña y atraviesan capri-



Fotografía de la calle de las Cortes, tomada desde alto



La plaza de la Universidad. A la izquierda, la calle del mismo nombre



La plaza de España y á su lado la nueva Plaza de Toros

pastores, que me preguntan por la ciudad al paso que yo les pregunto por la montaña.

En tanto, entre el trigo y la cebada, y anunciando la primavera, va asomando esa flora exquisita con que la naturaleza decora los campos; las corregüelas y cerrajas, las amapolas y asfodelos, el trébol de flor amarilla y el cardo de flor azulada.

Y finalmente, á guisa de apoteosis, se despliega el gran espectáculo del estío. Los campos se han convertido en un vastísimo mar de doradas ondas; las espigas se mecen majestuosamente al soplo de la brisa marina que les llega por encima de la ciudad, deshojando las amapolas cuyos pétalos revolotean cual mariposas rojas por encima de aquel campo de oro y luz.

La iglesia de la Concepción—hoy día la más aristocrática quizás de nuestras parroquias—se yergue solitaria en medio del campo; las espigas, con sus vaivenes, besan sus propios muros. Diríase la iglesia de una aldea—muy alejada de su aldea—cuyas campanas llaman á sus feligreses, que van acudiendo, á través de los sembrados, de muy lejanas y opuestas direcciones.

Y llega, finalmente, la hora de la siega. Una mañana, al interrumpir mi trabajo para bajar como de costumbre á fumar mi cigarrillo entre las mieses, encuentro *mis campos* invadidos por los segadores. Se canta, se ríe, relucen las hoces... y van cayendo las espigas, y de distancia en distancia van las simétricas hileras de gavillas. A mediodía siéntanse á su sombra los segadores y despachan su frugal comida charlando alegremente; yo me siento entre ellos, les interrogo, les escucho atentamente y aprendo muchas, muchísimas cosas.

Llegan más tarde carretas y más carretas y las gavillas desaparecen. Entonces se

abatán sobre los campos grandes bandadas de gorriones que van recogiendo uno por uno los granos caídos. Cuando ellos abandonan los campos podéis estar seguros de que no queda en tierra un solo grano.

Y todo concluyó por este año. Ya no regreso á mi taller á reanudar el interrumpido trabajo, llevando en la mano un ramo de flores campesinas—esas flores que hay que ir á buscar tan lejos y que recogía entonces, como quien dice, en el umbral de mi casa—. Pero ¡qué importa!, el verano pasa pronto; volverá el otoño y con él volverán mis amigos los labradores y sembradores, y las bandadas de ánades y otras aves que, huyendo de los primeros fríos, vienen de más allá del Montseny y de los Pirineos para hacer alto en los estanques de Remolá, en la otra parte de Montjuich.

Y esto un año y otro año... y así indefinidamente.

Pero no. Traidoramente, y á la chita callando,

la ciudad ha ido extendiendo sus tentáculos. Sin casi advertirlo, y como por generación espontánea, han ido brotando del suelo, entre las mieses, ora una casa, ora otra; las casas se han ido agrupando, el trazado de una calle ha partido un campo y otro campo, ha devorado un huerto, la casuca del hortelano ha desaparecido, ha caído la higuera centenaria que la cobijaba, se han ido terraplenando los torrentes, no queda ya rastro de zarzas ni clemátidas, pitas ni chumberas; las nuevas construcciones se apretujan formando manzanas, la tierra arcillosa desaparece bajo el adoquinado, levántanse dobles hileras de faroles y plátanos, simétricos, rectos, duros; se tienden rieles, circulan tranvías, coches, automóviles..., y con estupor me convenzo una mañana de que de aquellos *mis campos* no queda nada. Todo se ha desvanecido como un sueño. En su lugar se levanta, se extiende hasta perderse de vista, una ciudad nueva, espléndida, monumental, admiración de propios y extraños. ¡Y este milagro se ha operado en poco más de un cuarto de siglo! Y al considerarlo no sé qué es mayor en mí: si el orgullo del ciudadano ó la añoranza del poeta.

.....

Ahora ya sabéis por qué hace poco más de un cuarto de siglo escribía *Idilios* y por qué mis versos estaban llenos de pastores y labradores, sembradores y segadores, espigas y amapolas.

He ahí el misterio de ese mi canto, cuando vagaba por la campiña ubérrima y alegre que encinturaba la ciudad—en las horas románticas de los atardeceres—con el espíritu añorado de poesía bucólica y sentimental. ¡Era tan bella! La visión del paisaje, de esa alegre y ópima campiña que hoy, poco á poco, ya casi ha borrado la codiciosa ciudad, insaciable, que lentamente la devora!



Vista parcial de la plaza de Cataluña

FOT. BALLELL

APELES MESTRES

PÁGINAS POÉTICAS



S U E Ñ O

Mujer, ven á mi lado; soñaremos despiertos.
¿No sobes? Mi palabra te enseñará esa ciencia,
que soñar ilusiones con los ojos abiertos
es vivir la sublime, la más pura existencia.

Aparta de la tierra los ojos, vida mía;
noche de luna clara nos convida á soñar,
y, sobre los pegajos de nuestra fantasía,
las almas preparadas están á cabalgar.

¿No sientes que tu cuerpo levántase al espacio?
¿No miras en tu espíritu cómo penetra abril
mientras se va el cerebro transformando en palacio
de perlas y corales, de nácar y marfil?

¿No ves cómo la luna, con nieves y con plata,
teje un manto de novia con que tu cuerpo viste?
¿No ves que en las estrellas tu cara se retrata?
Sin soñar estos sueños, ¿cómo vivir pudiste?

Sueña; con tus quimeras hasta los cielos sube,
por mundos ilusorios á mi lado camina...
Dueños del firmamento, verás como esa nube
se abre ante nuestro paso cual mágica cortina.

Ya cerca de la luna, yo iré cogiendo estrellas,
en uno de sus rayos enhebraré una á una
y pondré en la corona que te he de hacer con ellas
varios de los jazmines del parque de la luna.

Verás cómo tu dicha con estos sueños labras
si te elevas á tales sobrehumanos retiros...

Mujer, habla más bajo; que sean las palabras
como una interminable cadena de suspiros.

Más bajo aún... Así. ¿Qué es lo que me decías?
¿Que ni entiendes mis sueños ni sabes elevarte?

Mi soberbio pegaso de locas fantasías
es lo sobrado firme para poder llevarte.

En tanto que cruzamos espacios de ilusiones
te pintaré la vida que yo vivir deseo:
latirán al unisono nuestros dos corazones,
tú serás mi Julieta, yo seré tu Romeo.

Cruzaremos el mundo, sin saber que es la tierra
el verdadero sitio por donde caminamos,
con las horas vulgares estaremos en guerra,
cruzaremos el mundo creyendo que volamos.

Y, muy lejos, muy lejos, en un lugar de idilio
donde no existan hombres vulgares y perversos,
donde enterrar pudieran el alma de Virgilio,
te haré versos y luego tú me dirás mis versos.

Esta desfloración de horas sentimentales
me hará pasar la vida sin dejar de quererte...,
volarán á los astros los sueños inmortales
y caerán nuestros cuerpos en su lecho de muerte.

Cada uno habremos sido paloma que no anida
más que lejos de un mundo de bandadas de cuervos,
dioses y emperadores únicos de su vida
que, en zancos, han cruzado la vida de los siervos.

Cada uno habremos sido romántica cigüeña
que desde una alta torre ve el hormiguero humano
y dice sonriendo: ¡La vida qué pequeña!...
¡Qué pequeños los hombres que marchan por el llano!

Importándoles poco los placeres carnales
se habrán nuestros espíritus gozado intensamente
y, celebrando dulces nupcias espirituales,
nuestras almas besarse sabrán eternamente.

Hay cuerpos en la vida que estando separados
dejan marchar las almas que se unen en un beso...
Bésense los espíritus á la boca asomados;
béseme así tu alma... No es eso... No... No es eso...

Tu beso solo es carne. Fué la sensualidad
la que asomó á tus labios para besarme así.
Oye la dulce magia de la sonoridad
que reina en este beso que yo te doy á tí.

Mi beso tiene el ritmo de un alejado cántico,
mi beso tiene el ritmo de una medrosa lira...
El suspiro es el beso de un corazón romántico
y mi beso es que el alma romántica suspira.

¿Te ries? ¡No me entiendes! Siempre, siempre lo mis-
Si no me entiendes, vete. ¡Tú no sabes soñar! [mo...
Como á todas; te causa mi sentimentalismo
esa risa que me ha hecho tantas veces llorar.

No rías, mujer, calla. Seguiré cabalgando
sobre el fuerte pegaso de mi alta fantasía...
Vete; no quedo solo. Para seguir soñando
le basta á mi quimera mi propia compañía.

¿Que eres inteligente? Lo creo. ¿Que eres buena?
No lo dudo; mas quiero soñar lejos de tí.
Mujer que no es romántica solo me causa pena,
mujer sin poesía no es nada para mí.

Soñando con la vida que yo vivir deseo,
con mis romanticismos de loco y de poeta...
Soñando y ¡siempre solo!... ¡Desdichado Romeo,
en este mundo e hombres no existe tu Julieta!

JOAQUÍN DICENTA (hijo)

DIBUJO DE ECHEA

LA ESFERA

DIBUJOS AL LÁPIZ



RETRATO

AUTORES CÉLEBRES

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

QUIEN lo hereda no lo hurta», y «de tal palo tal astilla». Nunca pudieron aplicarse estos refranes con más razón que en el caso presente. El famoso autor cuyo nombre encabeza estas líneas, no hizo otra cosa que seguir las huellas de su progenitor y continuar su obra. D. Nicolás Fernández de Moratín fué el iniciador de la reforma del teatro, que consistía en aplicar sistemáticamente las tres famosas unidades, de acción, de tiempo y de lugar; en imitar servilmente la tragedia clásica francesa y en desterrar de nuestra escena las más famosas comedias del siglo xvii, á cuyos autores llamaban bárbaros el padre y el hijo y cuantos estaban afiliados al bando galoclásico.

Tan al pie de la letra siguió las huellas de su padre D. Leandro Fernández de Moratín, que, al ser nombrado, por Real orden de 14 de Enero de 1800, *Corrector de comedias antiguas*, «cargo que se había de extender sólo á corregir, arreglar y reducir á mejor forma las composiciones antiguas de los más célebres dramáticos españoles», lo primero que se le ocurrió fué suprimir, prohibir, mejor dicho, la representación de las obras más notables del siglo xvii. Más de 600 suprimió de un golpe: Calderón, Lope, Tirso de Molina, Alarcón, Vélez de Guevara, Rojas, todos los que componían la flor y nata de aquella gloriosa dramática, fueron considerados contrarios al progreso que implicaba la *Reforma* y retirados de la circulación. Por deshacer nuestro teatro cobraba Moratín 18.000 reales anuales.

Aparte de este lamentable error que tanto daño ocasionó al teatro y tanto contribuyó á su decadencia, Moratín debe ser considerado, en justicia, como escritor notabilísimo y autor dramático excelente, aunque no tanto como él creyó y como aún creen sus ciegos partidarios. La época en que vivió le favoreció mucho, por aquello de que, «en tierra de ciegos, el tuerto es rey». Desde luego fué superior á su padre.

Don Leandro Fernández de Moratín nació en Madrid el 10 de Marzo de 1760, y cuentan que fué precoz hasta el punto de que á la edad de siete años ya componía versos aceptables, y á los dieciocho escribió su romance heroico *La toma de Granada*, que le valió un premio en el concurso de la Academia Española de año 1779. A este propósito dice uno de sus biógrafos:

«Háblale dedicado su padre, para mejor asegurar su sustento, al oficio de joyero, y el joven, á hurtadillas de aquél, hizo su composición y la presentó con nombre supuesto; pueden figurarse nuestros lectores cuál sería la sorpresa del anciano (¿?) cuando llegó á su noticia tan agradable novedad.»

Esto ocurría en 1779, y D. Nicolás murió un año después, á los cuarenta y tres. El biógrafo habla, pues, de un anciano... de cuarenta y dos años.

A la muerte de su padre pasó el joven Leandro, que ganaba en su oficio 18 reales diarios, á vivir con un tío suyo que trabajaba en la joyería del Rey; pero sin abandonar ni por un momento sus aficiones literarias. En 1782 obtuvo otro premio de la Academia Española por una sátira que tituló *Lección poética* y firmó con el pseudónimo de *Melitón Fernández*. En 1787 pasó á Francia con una misión diplomática el conde de Cabarrús y, por recomendación de D. Gaspar Melchor de Jovellanos, llevó consigo á Moratín, lo que permitió á éste trabar relaciones en París con Goldoni, poeta cómico italiano. Dos años después publicó en Madrid un folleto satírico. *La derrota de los pedantes*, que obtuvo un éxito grande y merecido. Por la misma época escribió su comedia *El viejo y la niña*, y en mucho tiempo no pudo conseguir su representación. Como todo lo que hasta entonces había escrito ó lo había dado anónimo ó firmado con pseudónimo, nadie le conocía como escritor, y, por consecuencia, carecía de influencia personal para hacer representar su obra.

Sabiendo que el conde de Florida Blanca era aficionado á la literatura y protector de los poetas, le dirigió un romance festivo pidiéndole alguna gracia; y como ya era conocido por su oda á la proclamación de Carlos IV, «obtuvo en re-



MORATÍN

compensa una capellanía prestamera, á cuyo título se ordenó de tonsura en dicho año». Aunque esta renta era muy escasa, le sirvió, sin embargo, para abandonar su oficio y cambiar su situación; y habiendo conocido en su nueva esfera al favorito D. Manuel Godoy, «éste le concedió dos beneficios de valor de 3.600 ducados». Desde entonces ya todo fué terreno llano.

En 1790 se estrenó con buen éxito *El viejo y la niña*, y dos años después *La comedia nueva ó el café*, que también gustó mucho y se discutió con calor en los círculos literarios. Esta obra es una sátira contra los malos autores dramáticos de su época, especialmente contra Comella; éste se vió tan gráficamente retratado en la comedia de Moratín, que dirigió una instancia á la autoridad competente pidiendo que se prohibieran la representación é impresión de *La comedia nueva ó el café*. Excusado es decir que no le hicieron caso.

Sin duda con la ayuda de Godoy, Moratín hizo un largo viaje por el extranjero, proponiéndose estudiar el teatro en Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Suiza é Italia, regresando á España á fines de 1796, siendo nombrado el 4 de Octubre del mismo año Secretario de la interpretación de lenguas.

En 1798 tradujo el *Hamlet* de Shakespeare, adicionándole unas notas en las cuales trata de *hincar el diente* á esa obra maestra y de poner en ridículo á su genial autor, otro lamentable error de Moratín.

En 1803 se estrenó en el teatro de la Cruz su comedia en dos actos y en verso *El barón*. En los Caños del Peral se representó poco después *La lugareña orgullosa*, que es un plagio escandaloso de *El barón*. Ninguna de esas dos comedias obtuvo buen éxito, aunque en ley de verdad gustó algo más el plagio que el original. Un año después se estrenó *La mogigata*, comedia en tres actos y en verso, y en 1806 *El sí de las niñas*, que es su mejor obra, su obra maestra, como si dijéramos. Se dice, como una cosa inusitada, y realmente lo era en aquella época, que dió 26 representaciones consecutivas.

Habíase creado tantas enemistades y antipatías, que, después del estreno de *El sí de las niñas*, se retrajo del trato común, y sin más distracciones que el desempeño de su Secretaría y el cultivo de su jardín, vivía en su casa de la calle de Fuencarral—casa que había comprado—ajeno al movimiento literario. Así permaneció hasta 1808. Y aquí vuelvo á dejar la palabra al biógrafo antes aludido.

«Ocurrieron las turbulencias en Aranjuez: cayó el valido, y como Moratín era protegido suyo, temeroso de sufrir los resentimientos de la plebe, salió de la corte y se retiró á Vitoria. Efecto de este paso fué la conducta que observó durante la dominación francesa, aunque en su pecho abrigaba el más acendrado patriotismo.»

Lo del patriotismo no es verdad; Moratín era afrancesado en literatura y en política. Buena prueba de ello fué el hecho de haber sido secuestrados sus bienes en cuanto se restableció la tranquilidad. En 1814. Fernando VII mandó que le resintuyesen sus bienes, «y aunque quiso conferirle algún destino honorífico, Moratín no lo admitió. Figúrabasele que por todas partes le acometían turbas de asesinos, y este miedo le sacó de Barcelona en 1817. Pasó á París y Bolonia. Volvió á España en 1820 y permaneció en la capital de Cataluña hasta que, con motivo de la peste, se trasladó á Bayona y desde allí á Burdeos, donde fijó su residencia en compañía de D. Manuel Silvela, con quien se trasladó á París en 1827.»

Además de las comedias originales de que queda hecha mención, hizo dos traducciones de Molière, *El médico á palos* y *La escuela de los maridos*. Por cierto que con esta comedia ocurrió una cosa singularísima. Molière se la robó á Hurtado de Mendoza, ocultando el robo cuidadosamente, y Moratín nos dió como traducción del francés una comedia nuestra, nada menos que del siglo xviii... Es imperdonable este error en un escritor de su altura, que abominaba de los autores del siglo de oro, á los que calificaba de bárbaros. La comedia de Hurtado de Mendoza, hurtada por Molière y desconocida de Moratín, se titula *La mujer hace al marido*.

Escribió además muchas poesías sueltas, que coleccionó y publicó en un tomo, una narración histórica titulada *Auto de fe*, una obra interesante é instructiva, *Origen del teatro* y un Catálogo de comedias bastante completo.

Moratín, Inarco Eclenio entre los Arcades, fué un gran escritor, no un genio, como creen algunos de sus partidarios. Tuvo la suerte de vivir en la época de Comella, Bidaurre de Orduña, el presbítero Corregel, *el Boticario*, Monsín, Gaspar Zabala, Pedro Puerta y otros muchos mamarachos cuya enumeración fuera prolija, y en él se cumplió á maravilla el refrán que dice: «En tierra de ciegos el tuerto es rey». Claro está que comparado con los autores que se citan fué un genio; pero comparado por ejemplo con Calderón y Lope ó con el Duque de Rivas y García Gutiérrez, fué tan solo una estimable medianía. De su escasa producción teatral sólo pueden señalarse dos comedias buenas: *El café* y *El sí de las niñas*, ésta sobre todo, y no obstante, siendo su obra maestra, está muy por debajo de *El alcalde de Zalamea*, de *Don Alvaro ó la fuerza del sino* y aun de algunas producciones de Bretón de los Herreros.

Tampoco es justo el rimbombante calificativo que le han aplicado de regenerador del teatro. Cierto que fué hombre de excelente gusto y que fustigó á los malos autores, indicándoles el buen camino—en cuanto á la forma sensible—; pero no es menos cierto que con su intransigencia de escuela causó más daño que beneficio; y la prueba de que no fué tal regenerador, está en que no ha quedado nada de su sistema. De las tres famosas unidades, que eran su caballo de batalla, se ríen hoy los autores y no las emplean ni por casualidad. Más queda D. Ramón de la Cruz que D. Leandro Fernández de Moratín, y si alguno de los dos contribuyó á atenuar, en parte, la decadencia de aquel período, indudablemente fué el primero, no sólo por la calidad, sino también por la cantidad. Moratín, como ya queda dicho, fué un gran escritor y un excelente autor de comedias; pero nada más.

Murió en París el 21 de Junio de 1828, y fué enterrado en el cementerio del padre *La Chaise*, junto á la tumba de Molière.

La accidentada y agitada vida de este hombre singular se presta á muy serias y hondas reflexiones.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

EL MANTÓN DE FLECOS

A FEDERICO GARCÍA SANCHÍS

He ahí cómo la Primavera otorga á las mujeres de Madrid el beneficio considerable de poder vestirse graciosamente, bellamente y de una manera divina. El mantón de flecos equivale para las madrileñas á un obsequio de los dioses. Y cualquier jovencita modesta, en efecto, por la gracia esencial de un pañuelo de crespón, asume la maravillosa cualidad de una viviente obra de arte.

Las otras prendas ó los otros adornos femeninos tienen un valor contingente; tienen el valor que les presta la moda, y las modas, bien se sabe, están sujetas al gusto volitivo de las generaciones. Mientras que el mantón de flecos es una cosa que corresponde al dominio de la eternidad; no es de ahora, sino de siempre; y ha resistido el contraste de las infinitas generaciones. Lo mismo que en los amables tiempos de Grecia, una mujer, arrebujada en su pañolón flexible, demuestra haber acertado con la expresión única y suprema del adorno. Recuérdese las terracotas helénicas: aquellas mujeres de cintura ondulante y de busto erguido, dibujan, ni más ni menos, la graciosa y artística actitud de una madrileña actual cuando se arrebuja finamente en su pañolón.

Este pañolón sintético y definitivo es la prenda suntuaria con que la mujer inspirada en un irrisinto genial, obedece á un secreto mandato de la Naturaleza. Hay, por tanto, un impulso natural que ordena á la mujer la ostentación verídica, y al mismo tiempo casta, de sus formas. Este resultado lo consigue el mantón de flecos, puesto que ciñe el busto de la mujer, realza las suaves curvas, dibuja el esencial contorno femenino; y lo realiza, sin embargo, con una noble castidad. Nada tan distante del impudor y de la torpeza sensual, como una de esas mujeres que cruzan á nuestro paso arrebujadas en su pañolón; tal como las nobles y serenas *tanagras*, cuya postura está siempre exenta de grosera tentación.

Pero ese fino pañuelo de crespón, que nosotros tenemos por tan castizo, ¿efectivamente es una prenda del todo española?...

En Venecia, tan pronto como la impaciencia curiosa me llevó á recorrer aquellas calles encantadas, quedé repentinamente estupefacto: una linda y esbelta mujer veneciana llevaba ceñido al cuerpo un pañolón negro, de flecos flotantes y graciosos, lo mismo que si fuese una mujer de Valencia, de Sevilla, ó de Madrid. Otras muchas jovencitas venecianas cruzaron ante mis ojos, ataviadas con idénticos pañolones. Unos pañolones completamente idénticos á los de España; y las venecianas, por su parte, se envolvían en sus pañolones con la misma forma y gracia que las españolas. Nada hay nuevo, efectivamente, debajo del sol.

En ese caso, ¿qué opinión podemos tener acerca de la originalidad? Lo cierto es que los pueblos se comunican entre sí mucho más de lo que imaginamos. Los pueblos se transmiten las ideas, los sentimientos, las religiones; del mismo modo se transmiten las modas y las formas de vestir.

Hagamos, pues, un paréntesis á propósito de los vestidos regionales y de las cosas castizas. Generalmente, lo que nos parece una creación regional no es más que una regresión ó estancamiento de formas y vestidos que antes fueron usados por las personas distinguidas y elegantes. El bajo pueblo acepta la manera de vestir de las clases ricas con una tosca y tarda resistencia; pero una vez que la ha aceptado, no la abandona fácilmente.

Los calzones cortos son unánimes en las modas provincianas; visten calzón corto los bretones de Francia, los montañeses de Calabria, los hombres de Aragón, los de Asturias, los de Salamanca y los de Segovia.

Y ello es, simplemente, porque las gentes del campo visten á la moda del siglo XVIII, cuando los calzones largos eran desconocidos... Los andaluces piensan que sus patillas de *boca de hacha* es una invención meramente andaluza; pero los gallegos y los portugueses usan todavía semejantes patillas. Son las patillas que estaban de moda en los primeros años del siglo XIX... También suele aplicarse al casticismo la costumbre que tienen los aldeanos de rasurarse el rostro. Pero los aldeanos no hacen sino obedecer á la moda del siglo XVIII, en que todos los hombres llevaban el rostro completamente

rapado... Es así que los ingleses, que son las personas más tradicionalistas y retardatarias, se rasuran todo el rostro según la moda antigua; no se afeitan hoy el bigote por comodidad, sino por imposición de su instinto reaccionario; van afeitados por un simple efecto de retraso. En esto, como en el sistema de las pesas y medidas, se han detenido en el siglo XVIII. En cuanto al ligero bastoncito que usan los oficiales y sargentos del ejército inglés, tampoco es un capricho; esos bastoncitos tan graciosos, son un recuerdo tradicional de aquellos duros bastones que en el siglo XVIII portaban los oficiales del ejército para arrear y apalear á los soldados que se mostraban remisos y cobardes en la batalla...

Pero no importa. Si es cierto que nada hay castizo y completamente original en los pueblos; si es verdad que el mantón de Manila es una prenda de los propios chinos, y el *mantón ramado* de las chulas lo usaban las señoras aristocráticas en los tiempos del romanticismo; si nada hay en absoluto único, porque los pueblos están trabados por insistentes y continuas comunicaciones, ésto no importa, ni atenta real-

mente á la personalidad de un pueblo. Cada pueblo toma una forma, la que mejor se aviene á su idiosincrasia, y la hace suya. Tal vez los romanos lidiaban toros en sus circos; pero es indudable que los españoles nos hemos apropiado de la tauromaquia, la hemos embebido, la hemos hecho substancia de nuestro ser nacional.

Así mismo nos hemos apoderado de los mantones de crespón, hasta lograr españolizarlos fundamentalmente. Graciosa indumentaria de mujer, ¡realzadora de las nobles curvas femeninas, y sin embargo casta, y esencialmente elegante! Cuando una muchacha cruza á nuestro lado, vistiendo el artístico pañolón, admiramos en ella la genial habilidad suntuaria. Su vestido puede ser pobre, su mismo cuerpo puede ser insignificante, pero por gracia del suave y fino pañolón de flecos, esa muchacha pobre se adorna como una rica y ponderada terracota helénica; y su cuerpo, además, por insignificante que sea, adquiere el valor curvo y plástico de un alto relieve griego.

José M. SALAVERRÍA

FOT. ALFONSO





VOLUPTUOSIDAD

PLENITUD de belleza y plenitud de la vida. Aquella mujer de treinta años había llegado á la madurez reciente de sus encantos, de cada uno y de la equilibrada armonía de todos. Unos años, unos meses antes, su hermosura plástica, escultórica, no impresionaba con la majestad que le corresponde, pues el exceso de juventud animaba la viviente estatua con un ritmo hartamente ligero, y contrastaba la frivolidad del movimiento con la profunda eufonía del reposo, como en una gruesa rama hecha para sostener los pesados frutos otoñales, parecen demasiado livianas las flores de la primavera. En cambio, dentro de poco, se abultarán, y entonces han de caer rendidos los miembros armoniosos, ni más ni menos que no puede sostenerse en su gallarda y aérea curva la cola de los caballos viejos.

Plenitud de la vida. Pasaron ya las inexperiencias, devoradas por la experiencia, y todavía no ha sonado la hora del arrepentimiento. Durante la segunda juventud, suelen las mujeres vengar la muerte y el martirio de la primera, obligándonos á que revivamos y padezcamos nosotros lo que ellas sufrieron ayer, cuando eran alondras. Voluptuosidad comparable á la de un caudillo que desandó victoriosamente el camino que anduvo en derrota. Si una muchacha extiende sus brazos en cruz es para ser crucificada. La mujer de treinta años abre sus brazos para convertirse en balanza de nuestro corazón, que hace de plomos, y de la mercancía, que es su felicidad. Siempre le falta peso al plomo.

JOO

Un gran poeta compuso una vez una elegía á la muerte de Narciso, y se le ocurrió compade-

cer á la laguna, que ya no reflejaría nunca más al hermoso enamorado de sí mismo. Y replicó la charca, desalmada y orgullosa de su diaphanidad:

«Yo no veía á Narciso; yo, siguiendo su ejemplo, me contemplaba, admirándome, en el espejo de sus ojos.»

Así aquella mujer se recrea en sentirse guapa y deseada. Sensación ésta que los pobres mortales sólo podemos medio adivinar al salir de un baño tibio y aromático, cuando nos embriaga la ilusión de una placentera hemorragia nerviosa, que fluye de todos los poros. Y no es que aquella mujer se mirara en los espejos y fuera tasándose en su alto valor. Le bastaba abandonarse á la seguridad de su belleza. Entornaba los ojos y echaba la testa hacia atrás para aspirar la fragancia que sube de su pecho. El perezoso y descuidado ademán de un brazo en torno á la cabellera, hacíale advertir la finura sedosa de la piel. Un mordisco involuntario y voluntarioso la despertaba en pleno sueño de saborear la pulpa de su boca en fruto. La vitalidad de sus propias venas cantaba en sus oídos la más consoladora de las serenatas...

Y luego, la sensualidad de la batista suave y dócil, sobre el cutis femenino como el plateado polvillo de las uvas. La batista anuncia ya la carne satinada, y así las recias y ornamentadas telas del vestido, los brocateles, los encajes, con su roce á un tiempo áspero y acariciador, hablan á la mujer de la garra viril. Admirable asimilación de cuanto constituye el atavío femenino, que hace que los guantes y los chapines conserven la tibieza y la forma de sus divinos moldes, más tiempo que el cadáver recuerda haber llevado en su seno un alma.

Plenitud de belleza, de la vida y del momento. Aquella mujer huyó de la fiesta y se ha refugiado en un remanso de penumbra y quietud, y en una voluptuosa languidez que hace pensar en el cisne de Leda. La confusa y apagada sonoridad que nace de los mismos pensamientos y sentimientos de la que se ha embriagado en su plétora, pronto ha de romperse con el alarido de una voz más fuerte en una canción. Maravillosa y única misión la del hombre á quien los dioses confían desgarrar el velo de ese éxtasis, lleno de opacos rumores, como el soleado estío de vaho de la tierra. Y la beldad, que se siente desceñida de todos sus lazos y disciplinas morales, entregada á la naturaleza como una pantera revolcándose en la arena, diríase que aguarda esperanzada la traición. Porque ha de ser á traición la conquista de esta fortaleza en este instante.

Si apareciérais por la puerta que hay enfrente de la mujer, despabilaríais á la soñadora, y sus brazos se cerrarían y no para el abrazo. Eso no sería sino un sobresalto. Debeis llegar de puntillas; que la hermosa finja no oiros, que finja también no sentir vuestro beso en la nuca, que junte los párpados ante la música de vuestro discurso; y no protestéis porque cuando menos lo esperábais os llame con un nombre distinto al vuestro... Hasta las amantes que inventaron en obsequio á una mayor adulación íntima, un apelativo con que solamente ellas os conocen, cuando creen reclamaros, suspiran en realidad por descifrar la clave de sus placeres, como nadie puede enamorarse de alguien si antes no amaba el amor.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

LA MODA FEMENINA

VAMOS á charlar de lo que constituye una de nuestras preocupaciones esenciales: la Moda. Porque la otra preocupación de las dos que llenan nuestro pensamiento, es más seria y de mayor cuidado, sin que esta afirmación quiera significar demérito ó falta de importancia para la primera de las preocupaciones señaladas.

Pero, amigas, el amor es efectivamente una cosa grave. Ya lo era por lo problemático que resultaba encontrar marido antes de que el demonio, llenando el mundo de malas intenciones, encendiera en los pechos humanos la tea del rencor y envenenase las almas con vientos de discordia. ¡De modo que ahora con la guerra!... ¡Más vale no pararse á pensarlo!

Si en tiempos normales muchas lindas muchachas han visto marchitarse poco á poco la flor de su bella juventud, sin que una mano trémula de deseo fuese á estrecharla entre sus dedos ansiosos, para embriagarse con la gloria de su perfume, ¿qué ha de ocurrir ahora?

Los minutos van á alargarse pensando en la ilusión que no cristaliza en realidades; los suspiros van á errar desamparados por la amplitud del aire sin hallar compañero que responda á sus clamores, que son plañidos hondos del sentimiento, voces temblorosas del espíritu, palpitations angustiadas del corazón en olvido, dolor de sentirnos prisioneras por la costumbre que regula la vida española y que parece invisible cadena que nos inmoviliza, hoja sutil que corta las alas á nuestro albedrío y ensancha los horizontes de la fantasía y los floridos campos del ensueño.

Dormid un poco. Dormid con los ojos estáticos y el busto erguido. Fijad la vista en un lugar cualquiera, contened los latidos del pecho, entreabrid los labios que enrojecerán al beso cálido y febril de vuestro aliento perfumado.



Fijad las quietas pupilas en un ángulo de la estancia, en un rincón cualquiera y á favor del silencio y de la penumbra, en la complicidad amable de la hora vespertina, poesía y dolor, tomarán cuerpo vuestras quimeras y latirán con calor de vida vuestros pensamientos, y cuando del éxtasis delicioso, como un arrobamiento místico, os vuelva á la realidad la luz que se enciende inoportunamente, el golpe indiscreto, la voz que turba vuestro abstraimiento dichoso, el suspiro desengañado saltará á los labios y volverá á vagar por los aires, errabundo, clamoroso, desconsolado, sin lograr una dulce correspondencia de amor.

Por eso es más grato que hablemos de la moda y la erijamos en preocupación única. Será egoísmo tal vez pensar así, pero nunca podremos resultar nosotras responsables de tan mal sentimiento, porque es fruto y consecuencia de otro egoísmo más terrible y desconsolador.

Frívola, ingenuamente, vamos á pasar el tiempo hablando de nuestros sombreros, de nuestros adornos y de los detalles de la *toilette*. No tenemos años aun para ocupaciones de mayor trascendencia, que vienen con la edad. Cuando vamos sintiendo que pasa nuestra primavera y las flores de la ilusión se marchitan en los días otoñales, sentimos la comezón de los libros, el afán de saber. Y para entonces son los lentes, el empaque doctoral, los estudios sociológicos y las resoluciones fundamentales.

Por dicha nuestra todavía hemos de despedir muchos abriles. Hablemos de la moda, pues. Pero... hablemos otro día, ya que este pícaro afán de charlar sin dar reposo á la lengua, ni orden á las ideas, no me ha dejado espacio para seguir hoy. Si me perdonáis, seguiremos en el número próximo.—ROSALINDA

EL ARTE EN ORIENTE
STRAMBULESCU, PINTOR RUMANO

No hay mejor profesor de Geografía para las muchedumbres que la guerra. En España, sobre todo, que vivimos alejados de todo contacto con otros pueblos, por nuestra situación en un extremo de Europa, sin más vecino, en realidad, aparte Portugal, que el mar, las gentes se enteran ahora de muchas cosas que ignoraban. Aquí sí que puede decirse que la letra con sangre entra, aunque en este caso sea con sangre ajena.

Ya la pasada guerra balcánica hizo que muchas gentes tuviesen noticias de estos singulares países del Oriente, que van recobrando su independencia y su personalidad con tremendos esfuerzos de energía y patriotismo. Las geografías que se estudiaban en nuestros institutos hace quince años, y aun diez años, apenas nos hablaban de estas nacientes nacionalidades que se escapaban de las garras de Turquía. No es, pues, de asombrar que nosotros, los que ahora somos médicos, abogados, ingenieros ó curas, sepamos muy pocas cosas de Rumanía, de Bulgaria ó de Servia. No nos damos cuenta de que aquellos países están en pleno progreso; no concebimos cómo en tan pocos años se ha podido organizar una administración, crear niveles superiores de cultura, producir arte, transformar, en fin, las sucias aldeas en ciudades modernas, higiénicas y suntuosas.

Sin embargo, nada más curioso que las diferencias fundamentales, de raza y de espíritu, que hay entre estos países comarcanos. Más se parece un rumano á un español ó á un italiano que á un búlgaro; más se parece un búlgaro á un teutón que á un servio. Se explica con esta diferencia étnica toda la gravedad y toda la complejidad del problema balcánico y más si agregamos los otros dos factores: los turcos y los griegos.

Pero es el caso que estos pueblos, apenas gozaron de independencia, pusieron todas sus energías en salir de las edades de barbarie en que se les había tenido sumidos. Es un verdadero caso de europeización; acaso no haya otro tan rápido, tan intenso, tan acertado y justo en las proporciones; ni el del Japón mismo. Especialmente Rumanía y Bulgaria han caminado tan de prisa que asombra. Tuvieron la suerte de que en estas loterías de reyes con que se proveen los tronos nuevos les tocaran dos dinastías admira-

bles. ¡En cambio, la pobre Servia cayó en las garras de aquel rey Milano, tahir, fullero, estúpido y luego en las de aquel Alejandro medio idiota y ha pagado las culpas de la escasa suerte que tuviera con sus reyes!

ooo

Ya en estas páginas de LA ESFERA hemos hablado varias veces de la influencia que Carmen Sylva ha ejercido en su país. Es la reina hada de las leyendas. Su influencia educadora ha llegado á los campos, á las montañas, á las alquerías, á las cabañas de los pastores. Creó escuelas, creó bibliotecas, creó una generación de artistas; ella misma, poetisa encantadora, prosista llena de ternuras, inició una literatura que no existía. No sólo amparó y ayudó con su dinero á los maestros y á los escritores y á los músicos y á los pintores y pagó viajes al extranjero, sino que puso de moda todo esto. Lo que había de aristocracia adinerada en derredor de la corte sintió el influjo de aquellos caprichos de la reina, y ella estimulaba á todos á que la imitasen. Gra-



Un pastor

Su retrato de una joven pudiera aceptarse por un símbolo de Rumanía. Está allí toda la raza, con su belleza y su fuerza; en la frente amplia, en los grandes ojos soñadores, en la nariz osada, en la boca firme, en el óvalo divino que cercan los airosos cabellos.

Otro retrato de mujer titulado «En el jardín», nos ofrece el otro tipo de belleza que existe en Rumanía, el que procede de los gitanos, de la raza que allí fué esclava, que fué propiedad de la Iglesia y de los señores. Miráis una y otra mujer y pensáis que las conocéis españolas, que las habéis visto en Sevilla, en Valencia ó en Valladolid.



Retrato

cias á ella Rumanía tiene dos grandes músicos, Enescu y Dinicu, que están recogiendo todos los cánticos populares, la música extraña del hora, el baile nacional que parece una sardana y las raras melodías de los campesinos; gracias á ella Rumanía tiene ya una legión de pintores... Amán, el maestro

las, que las habéis visto en Sevilla, en Valencia ó en Valladolid.

La misma sensación de cosa española, de espíritu latino nos produce el cuadro «Cogiendo rosas». Está el jardín lindero de la casa. Sepáralo de ella sólo una tosca empalizada de madera. Tras ella, bajo la sombra de la galería, se nos aparece una de las muchachas. Las demás, á plena luz, están entre los rosales. Sus trajes blancos desvanecen los contornos. Es todo ello una mancha de sol sobre el fondo de la galería. La casa es humilde; las muchachas son bellas.

Más valiente la pincelada aún se nos ofrece en el cuadro «Un pastor», un cuadro para técnicos que no puede juzgarse reproducido por la fotografía donde el color muere, donde no quedan más que luces y sombras.

Pero Strambulescu nos conducirá otra vez á la contemplación de estas bellas mujeres, donde la sangre de la Roma pagana se conserva más pura que en la misma Ciudad Santa. Nos llevará ante su cuadro «En el hogar». Está allí una linda muchacha sentada, cruzadas las manos sobre las rodillas, vagando la mirada en la contemplación misteriosa de un ensueño; contrae los labios una sonrisa. Tiene este cuadro un ambiente de extraña simpatía. Vemos esta muchacha y nos parece que ya la amamos; queremos tomar parte en su dicha. Luego, este cuadro es una admirable osadía de luz y de color. Le iguala el titulado «Los novios». Está en el rostro de la muchacha todo el poema del amor. Duda y sonrío.

Así, con la fuerza de estos artistas, vienen á la vida de la cultura y del arte estas naciones nuevas.

MÍNIMO ESPAÑOL



En el jardín

tro antiguo, el iniciador, el pintor de la historia rumana y de las costumbres del pueblo; los paisajistas Alpar, Grant y Verona; Simónide y Mirea, clásicos; Costin Petrescu, interpretador de la historia de espíritu moderno; los costumbristas Vermont, Vintilescu y Luchian; Kimon Loghi, en cuyo pincel resucitan los venecianos; Grand y Szatmary, preciosistas y miniaturistas, y Steriade, Hentia y Basarab, retratistas...

Sobre todos ellos, el más moderno, el más personal, el que encarna mejor el espíritu nacional, se nos aparece Strambulescu. Dijérase que hay influencias de nuestro Sorolla en su pintura. La pincelada amplia y valiente, la luz bravía aceptada tal como el sol nos la manda, sin esquivar, sin convencionalismos, sin hurtarle las dificultades con habilidad de técnicos.



En el hogar

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



ABUELO Y NIETA, cuadro de Fernando Álvarez de Sotomayor

LOS GRANDES ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
FERNANDO ALVAREZ SOTOMAYOR



“El rapto de Europa”, cuadro de Alvarez Sotomayor, premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de 1904

EN aquella, por tantos conceptos, admirable Exposición Nacional de 1904, donde se revelaron e impusieron tres de los más grandes de nuestros artistas contemporáneos, Fernando Alvarez de Sotomayor era uno de ellos. Traía, como sus compañeros de pensión Chicharro y Benedito; un concepto más elevado, una luminosidad más consciente, un más armónico sentido decorativo de lo que debe ser la pintura.

Otorgóseles á Benedito y á Chicharro primera medalla, y á Sotomayor segunda. ¿Fue acertado el fallo?

De ningún modo.

Objeto fue de enconadas discusiones y justa indignación causado su notoria injusticia.

Acaso de los tres lienzos admirables que presentaban los tres pensionados, fuera el más afirmativo *Orfeo sorprendido por las bacantes*.

Grandes temperamentos de pintores tienen Benedito, Chicharro y Sotomayor. Pero ya entonces se adivinaba en el primero el instintivo predominio de la retina á la manera sorollista; la cultivada cerebralidad en el segundo, y en el tercero, por encima de todo, de la sabiduría técnica, de la cultura estética indudables, la sensibilidad.

Pudo palidecer ante los luministas alardes del *Inferno del Dante* y *El Poema de Armida y Reinaldo*, aquella delicadísima página de pagánias, en que se sentían zumbiar las áticas abejas, de *Orfeo perseguido por las bacantes*.

Pero en la delicadeza de los femeninos torsos, en la eurythmia compositiva, en aquella

portentosa lejanía del paisaje, estaba ya cristalizada la personalidad del maestro.

□□□

Fernando Alvarez de Sotomayor es gallego. Nació en el Ferrol el año

1875 y sólo por escrupulosidad biográfica puede citarse el hecho de que fuera discípulo de D. Manuel Domínguez. En Sotomayor, como en Santa María, como en Chicharro — afortunadamente — no encontramos la menor huella técnica ni ideológica del autor de *La muerte de Séneca*.

El año 1899, apenas cumplidos los veinticuatro de su vida, fue pensionado en Roma y, al terminar el periodo de su pensión, remitió el *Orfeo perseguido por las bacantes*, premiado con segunda medalla en la Exposición Nacional de 1904. Al año siguiente obtenía medalla de bronce en la Internacional de Lieja.

En la Nacional de 1906 de Madrid y en la Internacional de Barcelona de 1907, recomendaron con sendas medallas su cuadro *El rapto de Europa*. En 1909 es nombrado director de la Academia de Bellas Artes de Chile, en cuyo cargo ha permanecido más de cuatro años.

Otras medallas de oro en Munich el año 1905 y en Buenos Aires el año 1910.

Por último, en la reciente Exposición Nacional de 1915 ha sido miembro del Comité y del Jurado, con unánime beneplácito de los expositores y de la crítica que han sabido apreciar la sinceridad, la energía, la rectitud y el inachab'e esteticismo de este gran artista, para el que no existen las



FERNANDO ALVAREZ SOTOMAYOR
 Ilustre pintor español

malas pasiones ni los ruines propósitos de conveniencia.

□□□

Ratifica de un modo amplio y rotundo *El rapto de Europa* los aciertos contenidos y latentes ya en *Orfeo perseguido por las bacantes*.

Parece un poco más rica de armonías la paleta del maestro al espíritu superficial. En realidad, aquella finísima gama de *Orfeo* tiene la misma fuerza interior que *El rapto*, aunque éste sea más cálido. Sin embargo, dentro de esta sutilísima gradación de perfecciones, muy difícil de establecer en un arte todo equilibrio, ponderación y experta alianza de la sabiduría con la sensibilidad, como es el de Sotomayor, puede asegurarse que *El rapto de Europa* constituye su obra maestra en los cuadros de composición, así como el retrato del pintor Helsoy, lo es entre los muchos, muy admirables, que ha pintado.

Para este lienzo, que no vacilamos en diputar como uno de los mejores de toda la pintura española, parece escrita la frase de Anatole France: «el color es la música de los ojos.»

Eligió el ilustre artista el instante en que Europa se acerca á Júpiter, transformado en toro. Envuelta con el aire flotan las poéticas palabras, inspiradoras de la composición pictórica:

De ver tan blanco toro y tan hermosos,
la hija de Agenor está admirada;
y más verle tratable y amoroso;
mas aunque manso, estaba amedrentada,
y no osaba tocarle; pero luego
se acerca y le da flores más osada.

Sinfonía plácida y sensual á un tiempo mismo. El alma latina la ilumina. El culto del des-



“Maruxo”, cuadro de Sotomayor

nudo la ennoblece. Renacidas campiñas son éstas que el cristianismo hundió en la sombra cuando dejaron de sonar en ellos la agreste siringa y los gritos temblorosos de las ninfas huyendo de las hendidas y veloces pezuñas de los sátiros y de sus deseos encendidos como antorchas de Himeneo. A la derecha las azuladas ondas prometen el rumor polifónico del *Mare Nostrum*...

¡Bello contraste de la blanca fenicia—rosas, nácares, nieve y sutiles surcos de zafiros—con el esclavo negro del pulido ébano y las líneas puras!

¡Musical ritmo el de las figuras agrupadas á uno y otro lado, y máxima sabiduría en la ternura, en la suavidad y en la viril entereza, al mismo tiempo, con que las masas están construídas!

No obstante, ya después de este lienzo ma-

ravilloso, Alvarez de Sotomayor abandona los asuntos mitológicos.

Deriva hacia el realismo contemporáneo y no encontraremos otra vez la pagana voluptuosidad con que, en modelos de hoy, renacen por la magia de su pincel las helénicas diosas.

Sotomayor, después de viajar por Europa y América, viaja por España, vuelve á Galicia, la siempre preñada de sugeridoras bellezas para los ojos y para el sentimiento.

Es entonces, en la segunda manera del gran pintor, la época de los retratos, de los tipos y escenas de costumbres castellanas y gallegas.

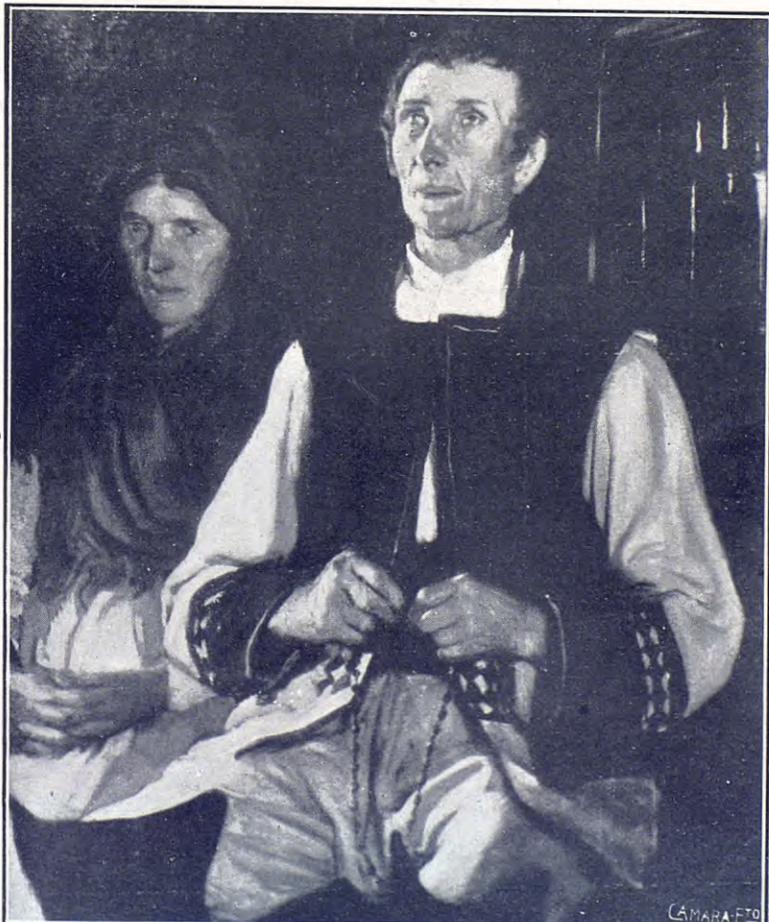
Volvemos á encontrar aquí, en estos cuadros de Galicia, al colorista de las selecciones y depuraciones, de los aciertos decorativos, junto á esa vigorosa visión realista y esa penetración psico-

lógica que la pintura de retratos le han enseñado.

Y cuando se piensa que toda esta labor, labor definitiva, amplia y rotunda, capaz de llenar toda la vida y enorgullecer á un artista en los años de su vejez, la ha realizado un hombre que está ahora en la segunda juventud, ¿resulta aventurado afirmar que España está en el momento más interesante de su renacimiento artístico?

Porque ese renacimiento se debe á los maestros jóvenes, á aquellos que están en la edad ubérrima y esplendorosa de los treinta á los cuarenta años: Alvarez Sotomayor, López Mezquita, Federico Beltrán, Romero de Torres, Benedito, Miguel Nieto, Néstor, Julio Antonio, Capuz, Hermoso, Rodríguez Acosta, Salaverría...

SILVIO LAGO



“La oración”



“Irma”

Cuadros de Sotomayor

DE NORTE A SUR

La última pírqueta

Tan viejo recurso de sensiblera literatura es el hecho que, cuando efectivamente sucede, la pluma vacila antes de escribir los comentarios.

El payaso triste; la melancolía propia que engendra el ajeno regocijo; el hombre que ríe con el rostro y llora con el corazón; los bríncos del cuerpo y los derrumbamientos del espíritu... Son viejos tópicos manoseados y mortecinos de vulgaridad; tenemos ante ellos el pudor de nuestra vanidad y nos causan la lógica repulsión de lo desusado, de lo que fué de otros y que otros abandonaron cuando ya perdió todo encanto, se le apagó todo brillo y no puede alcanzar el más ínfimo precio.

Y, sin embargo, la tentación es demasiado fuerte. ¡Qué importa que las ficciones tantas veces repetidas puedan peligrar la emoción de la verdad! Por encima de los imaginarios episodios está la amargura desoladora del suceso verídico. Tantos payasos como se han hecho morir de tristeza en cuentos y poesías, no impedirán que la muerte de *Slivers* sea menos cierta y menos dentro del sentimental contraste.

¿Recordáis la historia del payaso que enfermó de melancolía? Era en los circos el más alegre, el que más locas diabluras imaginaba, más donosas burlas decía y más ingeniosos juegos inventaba. Cuando en las penumbras de los pasillos interiores —entre las casacas de los mozos de pista, entre los sudorosos barristas que terminaron su número y junto a la amazona que charlaba con un adorador vestido de frack, como en los cromos románticos de ayer y las películas melodramáticas de hoy— lanzaba el payaso sus primeros gritos, todo el circo se estremecía de risa y sonaban los primeros aplausos impacientes.

Nadie podía vencer la jocundidad de sus farsas. Las carcajadas parecían emborracharle e inspirarle un dionisiaco furor. Se coronaba de risas como el héroe nietzscharo y cambiaba también estas risas en billetes de Banco. Popularizados por la fotografía sus dos rostros, la gente se decía al hallarle a su paso por la ciudad:

—¡Mírale!

Y reía, reía la gente sin saber por qué, á pesar de que el payaso era al otro lado de los circos un hombre taciturno y sombrío. Tanto, que enfermó de melancolía. (Entonces, cuando este cuento se inventó, no se decía aún «neurastenia» y tenía más bello nombre el dolor de no reír.)

Tuvo que dejar los circos y su nombre no



El ilustre ingeniero español Torres Quevedo, autor del nuevo transportador que acaba de inaugurarse sobre las cataratas del Niágara.

aparecía en los carteles con letras policromas y enormes, ni su rostro se asomaba á las revistas ilustradas. Viajó, se embriagó de vinos y de mujeres, invirtió sumas enormes en el juego, buscando nuevos latidos á su corazón; hundió su tristeza en las aguas lustrales de la literatura... Todo inútil. El payaso veía acercarse la muerte y sólo ante la idea de sentir su esquelético abrazo sonreía con una sonrisa que helaría la risa en los labios de sus espectadores.

Pero otras veces no quería morir. Era rico, joven. Tenía derecho á la vida y consultó á los médicos. Los médicos le aconsejaban siempre lo mismo: el campo, el divorcio del pensamiento, la alimentación sana.

Y el payaso se encogía de hombros y salía de cada clínica arrastrando los pies y hundido el mentón en el pecho y crispadas las manos de cólera...

Incluso uno de los especialistas consultados le aconsejó—sin conocerle—como último recurso contra la melancolía, que se viera á sí mismo.

—¿Sería lo único que me curara?—preguntó el payaso.

—Por lo menos ese hombre es el único que tiene el secreto de la alegría ajena.

—Entonces, señor doctor, no hay remedio para mí. Porque ese hombre ¡soy yo!

Era él y podía ser también este Frank Oakley que hacía célebre el nombre de *Slivers* en todo Norte-América.

Ningún clown contemporáneo podía competir con *Slivers*. Como los payasos de los cuentos, éste de la vida real había reunido una fortuna rodando sobre las alfombras de los circos é inventando farsas ingenuas y disfraces grotescos. Cuando terminaban las funciones, *Slivers* posaba su mano en un brazo femenino y decía amorosas palabras junto á la sonrosada orejita, de cuyo pulpejo pendía un brillante, uno de esos brillantes enormes de las yankis enriquecidas de pronto. En los periodos de descanso *Slivers* se cambiaba en el millonario Frank Oakley y recorría con su esposa los balnearios de moda y hacía una vida feliz, lejos de la abigarrada y policroma de los circos.

Pero el año 1915 murió la señora Oakley. Su marido era entonces *Slivers* y la misma noche del día en que enterró á la amada tuvo que piruetear y muequear ante el público.

¿Comprendéis ya el epílogo de la historia? *Slivers*, fué el clown enfermo de melancolía durante tres años. Y nunca fueron tan divertidas sus pantomimas, ni más ingeniosos sus diálogos con el «augusto», ni sonaron á tan fresco y espontáneo regocijo sus carcajadas. Sin embargo, mientras *Slivers* divertía al público rondaba en torno de Frank Oakley, como una mala hembra, la Muerte, y una noche le puso en la mano el revólver que no falló al primer disparo.

Dos Españas

Suena al otro lado del Océano la pandereta, esta pandereta que es á veces el espejo fantástico de España. No son ahora los franceses—perdón, absurdos ciudadanos germanófilos—los que desconocen á España y creen la leyenda de la navaja en la liga, los toreros románticos y las andaluzas de Barcelona. Son los yankis. A pesar de las cátedras de español y de los hispanófilos esfuerzos de unos cuantos hombres de buena voluntad, los yankis ven todavía á España á través de danzas lascivas, del castañeteo de crótalos y las cabelleras sangrientas de claveles y las facas clavadas en corazones de majas... de Cuenca y chulas de La Coruña.

Es de «buen tono» bailar ahora las danzas voluptuosas y bravas de España. Las señoritas de la alta sociedad norteamericana del Pacífico organizan fiestas de carácter español. Y en el Hotel Coronado ante un público selecto, donde no faltaría seguramente alguien que conociera Sevilla en los días de feria y que tuviese colgado en su despacho una banderilla ennegrecida de sangre seca, una yanki gentil bailó el *Jaleo de Jerez*.

Para ello esta señorita, que se llama Miss Dorothy Smoller, se vistió de «Carmencita» la famosa *Spanish dancer and protégée of the king of Spain*.

¿Quién es esa Carmencita que se pone un sombrerito de seda y toma aptitudes grotescas de Tortajada? ¿Qué rey de España protegió á esa Carmencita?

Menos mal que la lección no se ha hecho esperar. Mientras la señorita Smoller ponía en ridículo á España y los norteamericanos jaleaban el *Jaleo de Jerez*, se inauguraba sobre las cataratas del Niágara el nuevo transportador aéreo de Torres Quevedo.

En la nación audaz, de las portentosas maravillas de ingeniería, de los atrevimientos colosales y de las empresas químicas, un ingeniero español ha realizado lo que no habían podido realizar todavía los ingenieros yankis.

Y no esperó á ir á los Estados Unidos para ello. Hace ya varios años que en San Sebastián existe el modelo de ese transportador aéreo uniendo dos cumbres del monte Ulía.

Conocido y reverenciado es en España Torres Quevedo. Desconocida es en España esa Carmencita *protégée of the king*.

José FRANCÉS



FRANK OAKLEY SLIVERS
Famoso clown yanki, que se ha suicidado enfermo de melancolía



MISS DOROTHY SMOLLER
Que ha bailado danzas españolas en el Hotel del Coronado (Pacífico)